



FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA
Y RELACIONES INTERNACIONALES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Licenciatura en Relaciones Internacionales

Tesina de grado

“La política exterior de la República de Turquía durante y después de la Primavera Árabe (2011-2018)”

Alumno: Luca Pace

Legajo: P-1967/4

Director: Dr. Rubén Paredes Rodríguez

Rosario

Junio de 2019

Resumen

El presente trabajo tiene por objeto analizar la política exterior de la República de Turquía entre los años 2011 y 2018. Para ello se toma como punto de partida la denominada Primavera Árabe, hecho que impactó profundamente en la región del MENA en general y en Turquía en particular. Sin embargo, cuando quedó claro que este proceso no era más que una ilusión democrática, y cuando la movilización popular comenzó a sucumbir ante el peso de los autoritarismos locales, las oportunidades de Turquía de poder erigirse en el faro democrático de la región se esfumaron. El contexto devino aún más restrictivo para el país euroasiático cuando la situación en Siria se tornó en un escenario de guerra. Asimismo, la irrupción del Estado Islámico y el aumento y consolidación de las aspiraciones autonomistas e independentistas de los kurdos en Siria, producto de los avatares de la lucha, fueron hechos que presentaron serios desafíos a los intereses de Turquía. Para superar este cuadro adverso, las autoridades turcas debieron aplicar determinadas políticas de carácter urgente, las cuales, en definitiva, fueron modificando y forjando su posición en el sistema regional e internacional.

Palabras claves: Turquía, Primavera Árabe, MENA, Siria, Estado Islámico, kurdos.

Índice

| | |
|--|----|
| Introducción | 4 |
| Marco conceptual | 9 |
| Marco metodológico | 14 |
| 1. Los hechos | 16 |
| 1.1 La Primavera Árabe | 16 |
| 1.2 El conflicto sirio | 23 |
| 1.3 La irrupción del Estado Islámico | 26 |
| 1.4 Las aspiraciones de los kurdos | 30 |
| 2. Las acciones | 35 |
| 2.1 Abandono de la Profundidad Estratégica | 35 |
| 2.2 Cambio de perspectivas | 40 |
| 2.3 Pasividad y activismo forzado | 45 |
| 2.4 La verdadera línea roja | 48 |
| 3. Los efectos | 54 |
| 3.1 Los límites de la ambición | 54 |
| 3.2 Todos los caminos conducen al eje ruso-iraní | 60 |
| 3.3 De paria internacional a socio | 67 |
| 3.4 La deriva bélica y autoritaria | 70 |
| Conclusiones | 78 |
| Referencias bibliográficas | 82 |

Introducción

Con la llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP, por sus siglas en turco) en el año 2003, Turquía experimentó cambios profundos en lo que respecta a su política exterior, la cual había estado tradicionalmente concebida mirando hacia Occidente desde la constitución de la República en 1923. El nuevo gobierno orientó, así, sus estrategias políticas en la dimensión externa principalmente hacia la región del MENA (Middle East and North Africa, según su acepción en inglés) debido a sus profundas conexiones históricas y geopolíticas.

Esta nueva visión de la orientación de Turquía y su política exterior en el sistema internacional se sustentó sobre los principios de la “Doctrina de la Profundidad Estratégica” esbozada por Ahmet Davutoglu, quien fuera Ministro de Relaciones Exteriores (2009-2014) y Primer Ministro (2014-2016). Entre algunos de los principios contenidos, el más sacralizado por el gobierno en la arena internacional fue el denominado “cero problemas con los vecinos”, el cual le dio fuerza y sentido a aquel viraje hacia su región inmediata tras décadas de ausencia. Viendo en el país la condición innata de potencia central según sus atributos de poder, Davutoglu creía que era imprescindible recrear un área de influencia donde Turquía pudiera proyectar su liderazgo regional.

La Doctrina de la Profundidad Estratégica fue respetada y observada en su integridad mientras el contexto regional se vislumbraba permisible para Turquía. Esto se extendió al menos hasta el 2011, año en el cual se propagaron por el MENA una serie de revueltas populares que pusieron en jaque los cimientos de las estructuras de poder vigentes hasta ese momento. Ninguno de los países de la región se mantuvo al margen de estos movimientos ya que, directa o indirectamente, sufrieron las consecuencias.

Las protestas que comenzaron en Túnez en diciembre de 2010 y que condujeron a la caída del régimen de Ben Ali, contagiaron otras similares en Egipto, con igual resultado en lo que respecta a la caída del régimen político imperante y su suplantación por otro de características cualitativamente distintas. Pronto, otros países se vieron afectados en primera persona, como Libia, Bahrein, Yemen y Siria, todos con disímiles

resultados. En conjunción con estos casos, pero de menor intensidad, también se desataron protestas en Marruecos, Jordania y en los restantes países del Golfo. (Dalacoura, 2012).

Sobre este contexto, la denominada Primavera Árabe venía a representar para Turquía una oportunidad histórica para asumir una posición de liderazgo sustentada en raíces históricas. El objetivo debía pasar, entonces, por exportar su modelo de país sustentado en el triángulo cuyos vértices estaban compuestos por la democracia, la economía de mercado y el Islam. Según la visión de los círculos gobernantes turcos, la posibilidad de erigir al modelo turco como un faro de referencia para la democratización de la región, en el momento exacto en donde los autoritarismos comenzaban a ser socavados, garantizaba un escenario propicio para la maximización de beneficios. Ciertamente, propiciaba una situación *win-win* (ganancias mutuas) en la cual Turquía y los países de la región que adoptaran el modelo turco obtuvieran ganancias como fruto de la cooperación.

El primer escenario observado con entusiasmo fue Egipto, donde la caída del régimen de Mubarak y la posterior victoria de los islamistas en las primeras elecciones democráticas de la historia del país crearon vientos de optimismo en Ankara. El acercamiento entre el AKP y la Hermandad Musulmana no se debía únicamente por razones políticas, sino también por afinidad religiosa e ideológica.

En segunda instancia, el escenario sirio también fue foco de interés para Ankara, pues pese a los deseos y proyectos políticos pergeñados, ambos países comparten fronteras. A diferencia del caso egipcio, las protestas populares desconcertaron inicialmente al gobierno turco, ya que entraban en el complejo dilema de optar por presionar a Al-Assad en la consecución de las demandas populares pero sin romper el vínculo, sobre todo teniendo en cuenta el balance positivo de la relación bilateral hasta ese momento y la observancia de los principios de la Profundidad Estratégica, o soltarle la mano y apoyar decididamente el cambio democrático. Si bien el equilibrio entre las dos decisiones era frágil, el objetivo de erigirse en faro democratizador de la región redundaba en más beneficios que costos, por lo que tras la ruptura con Al-Assad, Turquía pasó a optar por el cambio de régimen, percibiendo que ésta era una posibilidad a corto plazo.

Sin embargo, más allá de estos dos casos donde Turquía buscó aumentar su influencia, la Primavera Árabe pronto devino en un proceso de regresión autoritaria. La represión de las revueltas populares en unos casos, y la profundización de los conflictos en otros, asestaron un golpe mortal a las ambiciones de poder del AKP. El contexto se constriñó para el país euroasiático no solamente a causa de la fuerza de los acontecimientos, sino también debido a las erráticas decisiones de política exterior que fueron ejecutadas por el gobierno.

De este modo, un año luego de haber asumido tras el triunfo en las elecciones, el gobierno de Mohamed Morsi fue derribado por un golpe militar. El hecho repercutió negativamente en el gobierno turco y frustró todos sus proyectos de alianza turco-egipcia. En este sentido, el gobierno condenó el golpe cometido por los militares, iniciando una campaña internacional en su contra. Indudablemente, la regresión autoritaria en Egipto era el peor de los escenarios desde la perspectiva turca, sobre todo luego de haber dirigido todos los esfuerzos hacia el establecimiento de un vínculo estrecho con el régimen islamista de la Hermandad Musulmana. Bajo estas circunstancias, Turquía perdía una importante baza en pos de sus ambiciones de liderazgo y, como contrapartida, ganaba un nuevo rival geopolítico.

La reversión del optimismo oficialista turco se dio más crudamente en Siria. Las fuerzas gubernamentales sirias reprimieron ferozmente las revueltas populares, sepultando la eventualidad de un cambio de régimen a lo Túnez o Egipto. Pero lo que sucedió entonces no fue el final de las tensiones, sino el comienzo de una auténtica guerra de corte civil y delegativa, con la inclusión de diversos actores, estatales y no estatales, locales y extranjeros. En este contexto es donde las expectativas originarias del gobierno turco se difuminaron. La abierta decisión de luchar por un cambio de régimen incidió negativamente en las relaciones bilaterales de Turquía con Rusia y con Irán, este último con quien, bajo la Doctrina de la Profundidad Estratégica había diseñado un mejoramiento del vínculo.

Desprendiéndose del caos sirio y de la inestabilidad en la región, el surgimiento de actores no estatales como el autodenominado Estado Islámico implicó un terremoto para los actores intervinientes en Siria. La reacción inicial de Turquía fue cuanto menos tibia, puesto que tenía en la agenda otras dos prioridades, a saber, el cambio de régimen el país y el combate contra los kurdos. Es por ello que ante la relativa pasividad de las

autoridades turcas contra el Estado Islámico despertó rumores en el medio internacional. No fue hasta los ataques sufridos en su propio territorio que Turquía decidió unirse a la coalición internacional liderada por los Estados Unidos.

Sin embargo, a juzgar por las acciones externas ejecutadas por el gobierno, estaba claro que el objetivo principal pasaba por otro lado. Lo que verdaderamente perturbaba y preocupaba al AKP era el incremento del poder de fuego de los kurdos en el combate contra el Estado Islámico, lo que, a su vez, contribuyó a generalizar el despertar de la reivindicación histórica de independencia. En medio de este fragor, el sitio por parte del Estado Islámico a la ciudad siria de Kobane, de mayoría kurda, y la sensación de *laissez faire laissez passer* por parte del gobierno turco ante la matanza de los kurdos generó el recrudecimiento del histórico conflicto entre el Estado y el PKK (Partido de los Trabajadores del Kurdistán)¹. Así, los grupos kurdos como el PKK y las YPG (Unidades de Protección Populares) kurdo-sirias se encontraron en medio de un combate contra el Estado turco y el Estado Islámico. No obstante, cabe destacar que pese a las reivindicaciones autonómicas e independentistas históricas, las estrategias de las organizaciones kurdas de la región no siempre han coincidido, y el tratamiento de Turquía hacia ellas no ha sido el mismo, como lo prueba el caso de la relación con los kurdos iraquíes.

Asimismo, la complejización del tablero regional y las subsecuentes acciones de política exterior aplicadas tuvieron directa influencia puertas para adentro. Mientras el contexto internacional se constreñía para el país, la relativa calma interna se iba disipando. Las derrotas del gobierno en los recientemente mencionados escenarios provocaron severas críticas al interior del país, fragilizando su posición y agudizando el debate político. La respuesta inmediata del gobierno fue la ejecución de un giro autoritario y represivo, tensando la relación con Occidente.

Estos hechos demuestran que las autoridades turcas se vieron sorprendidas y confundidas ante su devenir. Para su tratamiento fueron diseñadas y ejecutadas políticas que fueron en muchos casos contradictorias, teniendo en cuenta que los intereses iban siendo modificados. Tras la Primavera Árabe, en el escenario de guerra civil siria, ante el Estado Islámico y contra los kurdos, la política exterior de Turquía fue adaptándose

¹ Las hostilidades entre el Estado turco y el PKK comenzaron en el año 1984.

dinámicamente, no estando exentas la configuración constante de rivalidades y alianzas. Este frenesí de la política exterior turca pareció haber llegado, al menos, a un punto de estabilización en el contexto del comienzo del llamado Proceso de Astaná en el año 2017 sobre la pacificación del conflicto sirio. Esto es así porque, superando las diferencias y conciliando posiciones, Turquía logró, finalmente, establecer pautas en común con Irán y Rusia. El corolario de esta historia es que, en una región convulsa y volátil como Medio Oriente, cada vez más se va imponiendo la tendencia de articular alianzas líquidas que suplanten rivalidades de igual carácter.

Lo hasta aquí desarrollado permite esbozar la siguiente pregunta: ¿cuáles han sido las características de la política exterior turca en la región del MENA a partir de la generalización de las protestas populares que dieron forma a la Primavera Árabe en 2011 y hasta el año 2018? Para poder responder a este interrogante, es pertinente preguntarse lo siguiente: ¿cuáles fueron los hechos que perturbaron la región del MENA en general y la política exterior turca en particular entre los años 2011 y 2018?; ¿cuáles han sido las acciones de política exterior que ejecutó Turquía en la región ante los determinados hechos consignados?; y, ¿cuáles fueron los efectos las mencionadas acciones de política exterior turca?

En función de estos interrogantes, el objetivo planteado en este trabajo consiste en analizar la política exterior turca dirigida hacia la región del MENA en el período 2011-2018 en virtud de los hechos ocasionados a partir de la eclosión de la Primavera Árabe. A su vez, cabe exponer otros tres objetivos de tipo específico que contribuirán a alcanzar el objetivo principal: i) describir los principales hechos que sacudieron a la región del MENA y a Turquía entre los años 2011 y 2018; ii) identificar las acciones de política exterior encaradas por la República de Turquía hacia los principales hechos que alteraron sus intereses; y iii) analizar los efectos que se desprenden de las acciones externas de Turquía teniendo en cuenta los hechos mencionados.

Finalmente, la hipótesis general que se sostiene en este trabajo radica en que la política exterior de la República de Turquía en el período bajo estudio en lugar de sustentarse sobre sus lineamientos originales, legados por Ahmet Davutoglu, fue constantemente rediseñada al calor de la reconfiguración del mapa político y territorial de la región producto de la generalización y radicalización de las protestas que otrora le dieron forma al proceso democratizador de la Primavera Árabe. Esto llevó a que fuera

ejecutada sin tener un proyecto sostenido como el que había estado presente con anterioridad, optando, en cambio, por acciones mediadas por la urgencia y la percepción de amenaza, con el simple objetivo de satisfacer sus intereses de turno.

Marco conceptual

Los conceptos que serán desarrollados en este trabajo son los siguientes.

Coincidentemente con el objetivo planteado, el cual se refiere al análisis de la política exterior de Turquía, el primer concepto que es necesario desarrollar será el de **política exterior**. Los autores Garcé y López la definirán como una política pública, la cual se constituye por “un conjunto de líneas de acción orientadas normativamente por ciertos principios u objetivos rectores” (Garcé y López, 2014: 2). A su vez, como toda política pública, necesariamente la política exterior debe partir de un diagnóstico sobre la realidad observada que realizan los principales decisores políticos. Esto implica que el proceso de su definición esté atravesado por luchas, fricciones y negociaciones políticas.

En el caso bajo estudio, la política exterior del AKP estuvo definida, en un primer momento, en base a los principios esbozados en la Doctrina de la Profundidad Estratégica y, en un segundo momento, esto es, tras la complejización del escenario post Primavera Árabe, a partir de objetivos pocas veces coordinados. Pero más allá de las características que haya adoptado, la política exterior en Turquía ha sido un objeto de debate político entre dos corrientes dominantes: el neo-otomanismo y el kemalismo.

Siguiendo con nuestro objeto, la visión estratégica del AKP se asimila más al **neo-otomanismo**. Esta corriente adquirió fuerza tras el fin de la guerra fría, más específicamente bajo la presidencia de Turgut Özal, quien contribuyó a que el país redescubriera su pasado imperial, despertando en la sociedad un aire de nostalgia y grandeza. El AKP, en la pluma de Davutoglu, resignificó su contenido. El neo-otomanismo, entonces, no apuntaba hacia la recreación de un Imperio o hacia la búsqueda ambiciosa de territorios, sino que buscaba la implementación de un enfoque más proactivo en relación a los asuntos regionales, revalorizando la tradición y herencia otomanas en clave pacifista y tolerante. La historia le permite a esta corriente creer que Turquía está llamada a ser una superpotencia regional (Taspinar, 2009).

En esta dirección, entonces, se diseñó la Profundidad Estratégica, la cual se convirtió en doctrina de política exterior de la República de Turquía. Tal como se destacó anteriormente, el lineamiento que más interesa aquí es el de “**cero problemas con los vecinos**”, puesto que normativamente clarifica la estrategia internacional más óptima para el alcance del preciado liderazgo regional. La adopción de una política como la ésta debía contribuir tanto a mejorar las relaciones con los vecinos, como a minimizar los problemas y las tensiones para el país en la región, evitando el involucramiento en innecesarias confrontaciones internacionales (Aras, 2009). Para pensar su efectividad, la política de los “cero problemas” se estructuraba sobre seis pilares:

“i) equal security for all, ii) economic integration, iii) the coexistence of different cultures in a respectful manner, iv) high-level political co-operation v) a high-level of regional consciousness, and vi) understanding the relationship between security and stability and development” (Yesiltas y Balci, 2013: 15).

Esta cosmovisión permite alimentar esos aires de grandeza, lo que llevó al AKP a incluir en su discurso el concepto de *center state* (Estado central). La importancia que le atribuye Davutoglu a esta idea estriba en la desmitificación de Turquía como “puente” simplemente geográfico entre dos continentes. En este sentido:

“In geopolitical, geocultural and geoeconomic terms, it sees Turkey not as ‘an object of transmission’ between the East and the West but as a country that can establish, construct and build a system thanks to its ability to manoeuvre multilaterally. In this sense, the concept of a centre state is not only a geographical definition, it is also a geopolitical perspective covering the role of history, culture and religion in the transformation of the international system and the formation of a new regional-global system through Turkey’s foreign policy” (Yesiltas y Balci, 2013: 9).

Una de las herramientas claves para adoptar una política que revista estos ribetes en la arena regional es el *soft power* (poder blando). Tal como lo define el teórico norteamericano Joseph Nye Jr. cuando observa los recursos de poder de los Estados Unidos:

“El poder cooptivo (*soft power*) es la capacidad de una nación de estructurar una situación de forma tal que otras naciones desarrollen preferencias o definan sus intereses de forma coherente con aquella nación. Este tipo de poder tiende a surgir de recursos tales como la

atracción cultural e ideológica, tanto como de las reglas e instituciones de los regímenes internacionales” (Nye Jr., 1991: 184).

En otra obra, el mismo autor agrega que “it is the ability to get what you want through attraction rather than coercion or payments” (Nye Jr., 2004: 10). Complementando la idea anterior, el concepto deja al margen los elementos coercitivos ya que los reserva al concepto de *hard power* (poder duro). En lo que a este trabajo le compete, cabe destacar que el concepto de *soft power* ha sido revalorizado por el AKP como una fuente crucial en la generación de influencia y poder.

Sin embargo, más allá de que parte de la academia local percibe al país como una potencial superpotencia, y como tal debe comportarse en la arena internacional de una manera compatible a su razón de ser, la evidencia que se recopila en este trabajo impulsa a hablar con propiedad de *middle power* (potencia media). Una potencia de este tipo no puede ser definida únicamente teniendo en cuenta las capacidades objetivas, sino también las subjetivas que provienen de las ambiciones y las percepciones:

“A state may hold enough material capabilities to consider itself a middle power but in order to take full advantage of that position, the same state should identify itself as a middle power in search of a globally autonomous position” (Yalçın, 2012: 196).

Una potencia media como Turquía tiende a aprovechar sus recursos de poder y ensayar una política autónoma en el medio internacional. De ahí es que la **autonomía** haya sido otra de las características de su accionar en el sistema internacional. Retomando su acepción clásica², puede entenderse como la “máxima capacidad de decisión propia con la que se puede contar, teniendo en cuenta los condicionamientos objetivos del mundo real” (Puig, 1984). Ahora bien, la vocación autonomista no produce por sí sola resultados y beneficios. De acuerdo a esto, el error en el cual incurrió la dirigencia del AKP fue no tener en cuenta los “condicionamientos objetivos del mundo real”, por lo que los costos de emplear la autonomía fueron, en gran medida, superiores a los beneficios.

² Téngase en cuenta que la obra de Puig, J. C.: “América Latina: políticas exteriores comparadas” (1984) fue escrita en otros tiempos y en otro contexto, muy lejano al área donde se circunscribe el objeto de estudio trabajado aquí. Hecha la salvedad, es importante retrotraerse a su sentido clásico ya que es un concepto que no pierde vigencia.

Teniendo en cuenta esta última advertencia, Turquía vio alterada sus líneas de acción en política exterior tras la serie de revueltas conocidas mediáticamente bajo el nombre de **Primavera Árabe**. Más que detallar sus sucesos principales –cuestión que será abordada en el primer capítulo–, la clave aquí es entenderlo como un proceso y no meramente un fenómeno, que denota una serie de “revueltas, generalmente pacíficas, que terminaron siendo revolucionarias cuando lograron remover o precipitar cambios en los gobiernos árabes” (Paredes Rodríguez, 2013: 14). En adición, fue un proceso que despertó esperanzas e incertidumbres tanto para los actores regionales y extrarregionales (*Ibid.*).

La Primavera Árabe representó un punto de inflexión dramático, puesto que de poder representar una oportunidad esperanzadora para poder erigirse en líder devino en un proceso destructivo de las ambiciones de poder. Por este motivo, es que el país euroasiático buscó articular otras estrategias políticas para mantener una posición influyente en el sistema internacional. Una de estas implicó la creación de **alianzas líquidas**. Es posible decir que una alianza de este tipo:

“no se fundamenta en una identidad o proyecto común sino en el miedo. La percepción de qué o quién representa una amenaza cambia en función de acontecimientos puntuales y es así como proliferan alianzas que se circunscriben a un tema y suelen tener fecha de caducidad. Son alianzas líquidas que se adaptan al relieve. La otra cara de la moneda es que las rivalidades también son líquidas. Actores tradicionalmente enemistados hacen frente común en un tema concreto sin con ello reconocerse como aliados” (Soler i Lecha, 2017: 148).

En el caso de Turquía en el período bajo estudio, es factible suponer que ante el constreñimiento del contexto regional, los círculos gobernantes hayan percibido amenazas y desafíos constantes a sus planes estratégicos. Esta visión cortoplacista sustentada en la urgencia es compatible con la creación de alianzas no permanentes, sino circunstanciales, sobre el tratamiento de temas puntuales en aras de resguardar ciertos intereses. Pero si al mismo tiempo hablamos de que el reverso de las alianzas son las rivalidades, mejor aún se condice el ejemplo si se analizan los resultados de las acciones concretas de política exterior. En el caso puntual de la relación bilateral con Rusia, Turquía, mediante sus acciones, contribuyó a crear una atmósfera dinámica, creadora de rivalidades y alianzas líquidas, esto es, desde el derribo del *jet* ruso en noviembre de 2015 hasta la búsqueda de reconciliación en junio de 2016.

En medio de estas estrategias múltiples, el AKP acomodó sus acciones externas a la defensa y preservación de sus **intereses**. Sobre este punto es útil posarse sobre una perspectiva constructivista. Sosteniendo que tanto las identidades como los intereses son construidos, Alexander Wendt dirá que:

“Actors do not have a “portfolio” of interests than they carry around independent of social context; instead, they define their interests in the process of defining situation (...) Sometimes situations are unprecedented in our experience, and in these cases we have to construct their meaning, and thus our interest” (Wendt, 1992: 398).

Este abordaje sobre el interés permite que el mismo sea cambiante, a medida que los actores –en este caso, los Estados– vayan dotándolo de contenido. De acuerdo a una situación específica los intereses de los actores pueden tener una valoración distinta. Asimismo, el constructivismo permite pensar que un actor puede cambiar de interés en función de la lectura que haga de la realidad inmediata. El caso de la política exterior de Turquía encaja si se considera que, por los intereses identificados por los decisores políticos ante determinados hechos, los intereses hayan ido variando.

Finalmente, todos estos sucesos suceden en una **región** del mundo en particular. A los fines de este trabajo, se utilizará la expresión **MENA** y no simplemente de Medio Oriente, ya que se obtiene una mayor precisión en el análisis de los hechos. Pero para introducir qué es lo que se entiende por MENA, se debe primero dilucidar lo que se entiende por región:

“Regions are geographical units made up of territorially based political entities, tied together by high and persistent levels of political, economic, security-based and/or cultural interaction among them (objective factors) and/or by a shared sense of belonging (subjective factors). As both objective and subjective factors can change over time, the existence and limits of a set region may evolve accordingly” (Malmvig et al., 2016: 33).

Hablar, entonces, de región, implica hablar de un concepto volátil, que se crea y construye –y reconstruye– de acuerdo a factores objetivos y subjetivos. En esta línea, es factible considerar al MENA como una región puesto que sus unidades constituyentes se encuentran próximas en un territorio geográfico determinado e interactúan entre sí en múltiples niveles (factores objetivos) y comparten un reconocimiento mutuo de pertenencia y de la necesidad de la interacción (factores subjetivos). Dicho esto, en la región del MENA se debe incluir las naciones árabes (Arabia Saudita, Argelia, Bahrein,

Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Irak, Jordania, Kuwait, Líbano, Libia, Marruecos, Mauritania, Qatar, Omán, Palestina, Siria Sudán, Túnez y Yemen) y las no árabes (Irán, Israel y Turquía) (Malmvig et al., 2016).

Marco metodológico

La metodología escogida para la realización de este trabajo es de diseño cualitativo. El tema de esta obra se sitúa dentro de la disciplina de las Relaciones Internacionales, categoría dentro de las Ciencias Sociales.

La información aquí vertida ha sido obtenida mediante la técnica de recolección de datos como resultado de la observación y revisión de fuentes bibliográficas. Entre dichas fuentes de tipo secundarias se pueden contar libros, capítulos de libros y artículos académicos de origen turco, europeo, norteamericano y latinoamericano, disponibles en idioma castellano e inglés. Sobre ellas se ha realizado un análisis documental e interpretacional. Igualmente, se han consultado notas periodísticas digitales provenientes de medios de comunicación internacionales.

Este estudio se centra en un período de tiempo determinado, el cual parte de la expansión de las revueltas populares en la región del MENA, conocidas bajo el nombre de Primavera Árabe y concluye en el año 2018, fecha que simboliza la estabilización de la ubicación de Turquía en el sistema internacional como consecuencia del proceso de Astaná relativo al conflicto sirio.

El trabajo está organizado en tres capítulos. En el primer capítulo, que se condice con el objetivo específico número uno, buscará describir los principales hechos que sacudieron la región del MENA entre los años 2011 y 2018 y que, en especial, alteraron el vigente curso de la política exterior turca. Los hechos que se suscitaron en la región y que revisten de particular importancia para este estudio son: i) la ola de revueltas conocidas bajo el nombre de Primavera Árabe, ii) el conflicto sirio, iii) la irrupción del Estado Islámico en el contexto de inestabilidad regional y, iv) la consolidación en las aspiraciones de autonomía e independencia de los kurdos.

El segundo capítulo, coincidente con el segundo de los objetivos específicos, tendrá la función de identificar las acciones de política exterior de Turquía ante los mencionados hechos, los cuales repercutieron notoriamente en su diseño y aplicación.

El tercero de los capítulos, vinculado al tercer objetivo específico, tratará de analizar los efectos de tales acciones de política exterior, teniendo en cuenta cómo las mismas repercutieron en el estado global de las relaciones de Turquía con los principales actores regionales e internacionales.

Finalmente, y a modo de conclusión final, se buscará hacer un balance global del desempeño de Turquía en el escenario regional y global.

1. Los hechos

Este primer capítulo buscará describir los principales acontecimientos que sacudieron a la región del MENA en general y a Turquía en particular, consignando, a los fines de este trabajo, cuatro: i) la Primavera Árabe, ii) el conflicto en Siria, iii) la irrupción del Estado Islámico en el contexto del conflicto sirio y iv) las aspiraciones autonomistas e independentistas de los kurdos.

El relevamiento de algunos de los hechos que más convulsionaron a la región en el período bajo estudio permite descifrar cuáles fueron los actores que, directa o indirectamente, se vieron afectados y cuáles fueron sus movimientos al respecto. En el caso que le compete a este trabajo, la política exterior de Turquía fue alterada por profundas dinámicas regionales. A tales fines, se decidió observar cuatro hechos que incidieron fuertemente en el diseño y aplicación de esta política exterior. En primer lugar, se describirán los escenarios comprendidos en el proceso conocido como Primavera Árabe. En segundo lugar, se pondrá el foco en la complejización del conflicto sirio, subsidiario de las protestas desencadenadas en marzo de 2011. En tercer lugar, se considerará como hecho relevante la irrupción del Estado Islámico en el contexto del conflicto en Siria, siendo una organización terrorista que esbozó nuevas estrategias de lucha, comunicación, organización y territorialización en el marco del terrorismo transnacional. Finalmente, otro hecho de especial relevancia fue la consolidación de los deseos de autonomía e independencia de las poblaciones kurdas en el marco de la inestabilidad regional. Todos estos momentos generaron un alud de idas y vueltas en las decisiones de las autoridades que tenían en su poder la definición de la política exterior de la República de Turquía, tornándola confusa y contradictoria.

1.1 La Primavera Árabe

Considerada de modo global, lo que se dio a conocer al mundo como la Primavera Árabe no fue más que el nombre mediático de un proceso que tuvo de fondo el despertar de las poblaciones árabes que durante décadas –y siglos– se habían

acostumbrado a vivir bajo regímenes autoritarios represivos. Esta estabilidad autoritaria, que había naturalizado la opresión, saltó por los aires cuando se produjo un desencadenante concreto, la autoinmolación de Mohamed Bouazizi en Túnez el 17 de diciembre de 2010. Este hecho será considerado, para la posteridad, como la chispa que encendió una serie de pasiones que se encontraban dormidas y silenciadas. Las voces que se alzaron en Túnez rápidamente se diseminaron por la región del MENA, dando cuenta del cansancio ante los controles represivos, la falta de libertad política y el desgaste de una situación económica que pauperizaba a las poblaciones y que marginaba a los jóvenes en especial –quienes representan aproximadamente el 50% de la población–, poniendo, en contrapartida, el grito en el aire por un cambio democrático que barriera con los regímenes vigentes.

En esta tónica, el suicidio de Mohamed Bouazizi representó en su máxima expresión la desesperación y el fuerte descontento de la población tunecina hacia el régimen autoritario de Zayn Al-`Abidin Ben Ali, presidente del país desde hacía más de veinte años. Lejos de condenar al actor por su acto, las protestas no tardaron en expandirse por todo el país. Vale aclarar esto porque “el suicidio, terminantemente prohibido en la cultura árabe musulmana, no fue el disparador de una condena social sino el catalizador de la ‘desesperación individual’, pero también de la ‘indignación’ de las sociedades civiles que se despertaron reclamando cambios” (Paredes Rodríguez, 2013: 15). Por ello es que las protestas se encendieron enseguida por todo el país, pues este hecho puntual canalizó las angustias de una población que se había habituado a convivir bajo la opresión. Ante esta situación de debilidad del régimen, sindicatos y asociaciones de profesionales lideraron la organización la revuelta. Luego de una represión inicial, las fuerzas policiales retrocedieron y desistieron de seguir tomando las armas contra una sociedad movilizada. En menos de un mes, la caída del régimen de Ben Ali era una realidad, coronando el proceso denominado “Revolución de los Jazmines”.

La situación acontecida en Túnez despertó esperanzas en las sociedades de la región, quienes interpelaron a sus respectivos regímenes en pos del reconocimiento de sus pisoteados derechos y dignidades. Tras la caída de Ben Ali, las protestas se replicaron en Egipto, donde comenzaron el 25 de enero en la plaza de Tahrir de El Cairo, día que quedará inmortalizado como el “Día de la Ira”, el comienzo del fin del

régimen de Hosni Mubarak. En efecto, grupos de la sociedad civil encabezaron la organización por medio de las redes sociales, ya que eran espacios que escapaban al control autoritario. Luego de tan sólo unos días de efervescencia, ninguna de las respuestas dadas por Mubarak calmó los ánimos de la población que ya exigía su renuncia³. Al igual que en Túnez, la sociedad había perdido el miedo y se había empoderado mediante la organización y la ocupación del espacio público. Incapaz de ejercer un control represivo a menos que sobreviniera un baño de sangre, después de 18 días de manifestaciones el régimen de Mubarak era historia, instalándose provisoriamente en el poder el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas.

La caída de los regímenes autoritarios en Túnez y en Egipto demostró que las protestas populares podían empujar un cambio democrático. Pero mientras en Túnez hubo una transformación en este sentido, en Egipto se debe mencionar que la revolución democrática tuvo una duración efímera. La misma comenzó a ser una realidad tras la caída de Mubarak, la instauración de un gobierno militar provisional y la implementación de una “hoja de ruta” hacia la democracia. Desde el momento que se empezó a abrir el juego a otras fuerzas otrora proscriptas, el mapa político fue mutando a pasos agigantados. La principal beneficiaria de esta nueva situación fue la Hermandad Musulmana, principal organización islamista del país, que había sido perseguida desde la segunda mitad del siglo XX. Pregonando el retorno de la religión al orden público – como su basamento lógico– pudo constituirse como opción de poder desde su oposición y rechazo al régimen autoritario. Con vistas a las elecciones legislativas y presidenciales, la Hermandad se institucionalizó en el Partido Libertad y Justicia, quien resultó vencedor en ambas. De este modo, el líder de la formación política islamista, Mohamed Morsi, resultaba electo presidente con el 51,73% de los votos en las primeras elecciones democráticas de la historia del país.

No obstante el cambio institucional, la situación política y económica degeneraría muy pronto, lastrando el triunfo de los islamistas. Las protestas populares no tardaron demasiado en hacer su aparición nuevamente en las calles, centrándose las mismas en las dificultades económicas de la población y en el avance islamista sobre las

³ Entre las decisiones anunciadas por Mubarak se cuentan haber bajado a su hijo, Gamal, como su sucesor en el poder, la disolución del gabinete y la instauración de uno nuevo de corte militar –el general de Aviación, Ahmed Mohamed Shafik es designado Primer Ministro, mientras que el jefe de los servicios de inteligencia, Omar Suleiman, fue nombrado Presidente– y su negativa a presentarse a las elecciones de septiembre de 2011.

instituciones. Sobre este último punto, concretamente, fue el establecimiento de una nueva constitución tras un referéndum sumamente conflictivo lo que le colmó la paciencia a los sectores laicos y liberales. La confluencia de una variopinta oposición con las fuerzas armadas finiquitó la suerte de un Morsi que se encontraba debilitado políticamente y sin apoyo popular. La conclusión de esta historia sucedió el 3 de julio de 2013 con el golpe de Estado, el cual supuso el fin del primer experimento democrático del país y el comienzo de un proceso de regresión autoritaria.

La experiencia de Morsi y la Hermandad Musulmana en Egipto había demostrado algo fundamental, a saber, que la religión podía constituirse en el fundamento de lo político, coexistiendo ambos elementos en un mismo plano. Este proyecto sociopolítico, expresión del Islam político⁴, devino en la principal alternativa a los regímenes autoritarios que iban cayendo o mostrando su verdadero rostro. El problema que sufrieron los islamistas, como sucedió en Egipto, pasaba tanto por el deterioro de la situación económica y su incapacidad para encauzarla, hecho que dificultaba mostrar logros necesarios, como por el poder que todavía mantenían otros grupos de la sociedad, como los sectores castrenses y laicos tradicionales, históricamente enemistados con los islamistas moderados. Bajo estas circunstancias, puede imputársele a Morsi que:

“su incompetencia política y falta de visión ante el colapso económico habrían bastado para reducir el apoyo a su gobierno. Pero su rechazo al pluralismo y sus medidas para establecer una dictadura islámica (por ejemplo, mediante su intento de centralizar el poder en su partido y situarse fuera del alcance del poder judicial egipcio) resultaron ser su perdición” (Kuran, 2013).

Indudablemente, debe reconocerse que las transformaciones producidas en Túnez primero y en Egipto después generaron una ola expansiva en toda la región del MENA en pos de un verdadero cambio democrático. Las esperanzas se difuminaron muy rápido tal como muestran todos los escenarios, con la única excepción del tunecino.

⁴ Para una breve caracterización del Islam político, léase Paredes Rodríguez, R. (2016) Egipto: ¿auge y caída del Islam político? *Voces en el Fénix*, N° 57. Disponible en línea: http://www.vocesenefenix.com/sites/default/files/numero_pdf/fenix%2057%20baja.pdf

Tomando los hechos en forma cronológica, el siguiente foco de explosión fue la Libia de Muamar Gadafi. La caída de dos regímenes autoritarios en Túnez y Egipto incentivó al pueblo libio a levantarse contra Gadafi, el líder indiscutible del país desde hacía más de cuarenta años. Las protestas surgidas en Bengasi prontamente se expandieron hacia el Este del país. El pulso entre las fuerzas leales al régimen y la oposición, nucleadas en el Consejo Nacional de Transición, desembocó en una feroz represión gubernamental que se mantuvo inalterable durante unos meses, hasta que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, mediante la Resolución 1973, autorizó a la comunidad internacional a tomar las medidas que fuesen necesarias para la protección de la población, incluyendo el establecimiento de una zona de exclusión aérea. La intervención de la OTAN fue el factor que determinó la suerte del régimen, ya asediado por la profundización de la violencia interna entre los bandos en combate. Finalmente, este capítulo concluyó con la muerte de Gadafi tras la llamada “batalla de Sirte”, el 20 de octubre de 2011. Pero en lugar de que su caída permitiera el comienzo de un proceso de cambio democrático, lo que siguió fue la desarticulación política y territorial del país, sumido en el caos y el desorden, y atravesado por una multiplicidad de actores que aprovecharon el contexto anárquico para promover sus propios intereses. En materia política, la imposibilidad de establecer un gobierno unificado llevó a la formación de dos centros de poder separados, uno en Trípoli que contó con el apoyo de las Naciones Unidas y otro en Tobruk, liderado por el mariscal Khalifa Haftar. El desgobierno condujo a la proliferación de organizaciones terroristas operando en el territorio, entre ellas el autodenominado Estado Islámico.

Simultáneamente a los hechos del norte de África, en el Reino de Bahréin también arreciaron las protestas por parte de la mayoritaria población chiíta en defensa de sus derechos y por la apertura del régimen político. Devenido en un conflicto de carácter sectario y ante el temor de que la influencia de Irán pudiera filtrarse a través de las manifestaciones populares y que las mismas pudieran generar un efecto dominó en las restantes monarquías del Golfo, la monarquía sunnita de los Al Khalifa solicitó la ayuda de Arabia Saudita. En consecuencia, la invasión saudita, en el marco del Consejo

de Cooperación del Golfo (CCG)⁵, funcionó como una fuerza reaccionaria y represiva con el fin de evitar la caída de la monarquía.

En Yemen, al igual que en los primeros tres casos relatados, se asistió a un cambio en la cúpula del poder político. La demanda aquí estaba en sintonía con lo que sucedía en la región, pues se exigía la renuncia del presidente, Ali Abdullah Saleh, en el poder desde 1990. Para neutralizar las protestas, el régimen siguió una estrategia que combinó represión, contra-movilizaciónes, medidas económicas y promesas políticas. La agudización de este proceso condujo a la final capitulación de Saleh, previos intentos de ganar tiempo mediante una mayor represión. En su lugar, por medio de un pacto que dejaba sentada su renuncia, asumió el vicepresidente, Abd Rabo Mansur Hadi. Desde entonces, lo que debió haber sido un gobierno de unidad que albergaba a sectores opositores a Saleh, en realidad no fue sino uno más de los centros de poder que se dirimían la autoridad en el país. En esta competencia, el movimiento houthi (Ansar Allah, o los “partidarios de Dios”), por su capacidad de acción obtenida durante el pulso con Saleh, autonomizó su lucha y, persiguiendo sus intereses, socavó la fresca base de poder del gobierno de Hadi. A partir del cisma entre antiguos aliados, el país vio dilapidadas sus oportunidades reales de emprender verdaderamente un cambio democrático. La mentada transformación quedó en el tintero y la pugna por los intereses se sobrepuso al bienestar de la población, que fue la gran damnificada del nuevo escenario de guerra civil. La intervención saudita, nuevamente en el marco del CCG, el apoyo iraní a los houthies y la irrupción de grupos terroristas convirtieron a Yemen en un polvorín.

Similar destino le tocó a Siria. Surgidas en el sur del país, en la ciudad de Deraa, el levantamiento popular apuntaba con todos los cañones a Bashar Al-Assad, en la presidencia del país desde 2000 tras suceder a su padre, Hafez. Al igual que los otros casos, la relativa estabilidad autoritaria se vio alterada por la espontaneidad y masividad de las protestas. La represión brutal ante estas desencadenó una dinámica sumamente violenta, logrando profundizar y radicalizar el conflicto. La estrategia política de la oposición no prosperó ante la violencia del régimen, donde una serie de factores jugaron a su favor, como por ejemplo la alianza tácita entre la minoría gobernante alauita y el sector empresarial sunnita y el apoyo internacional explícito de Irán y Rusia, los cuales

⁵ El Consejo de Cooperación del Golfo es una organización regional compuesta por Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Bahrein, Oman, Kuwait y Qatar.

asentaron la base de poder de Al-Assad. Si bien la profundización del escenario sirio será esbozada a continuación como el segundo hecho de trascendencia, resta decir aquí que la primavera floreció tan sólo en el principio de las movilizaciones populares, siendo barrida implacablemente por la represión estatal y por la intervención de actores externos.

Además de estos escenarios, entre los cuales se produjeron cambios de régimen o radicalización de los conflictos, la ola llegó a otros países. En Marruecos, Jordania y los países nucleados en el CCG se suscitaron protestas que, no obstante, fueron apagadas mediante represión y medidas económicas expansivas, fundamentalmente dirigidas a neutralizar a los sectores potencialmente más contestatarios, entre ellos los jóvenes. En Argelia, las protestas no llegaron al punto de constituirse en una alternativa de poder, mientras que Líbano, Irak y Palestina se mantuvieron inmersos en sus propias dinámicas, las cuales los aislaron de los movimientos producidos en la región del MENA (Dalacoura, 2012).

De este modo, los sucesos acontecidos desde diciembre de 2010 muestran que las poblaciones estaban agotadas de los sufrimientos que les imprimían los regímenes autoritarios, desde la frágil situación económica que deterioraba las condiciones de vida hasta la opresión que se ejercía desde el poder. Asimismo, la perpetuación de los líderes, quienes llevaban décadas en el poder y que, a su vez, buscaban prolongar la vida de los respectivos regímenes mediante el nombramiento de sus descendientes, generaron una sensación de irritación que sólo podía ser canalizada tras un hecho simbólico y desesperado como fue el suicidio de Mohamed Bouazizi. En retrospectiva, se debe concluir con que, pese a que se observó el despertar de los pueblos dormidos en una dinámica que apuntaba en un sentido democratizador, y que muchas de las revueltas terminaron siendo verdaderamente revolucionarias al provocar la caída de los gobiernos y regímenes autoritarios cuyo ejemplo más aleccionador es Túnez, finalmente la confluencia de intereses locales, regionales y extrarregionales terminaron sepultando en la tumba del olvido las voces de la esperanza, emprendiendo en algunos casos una furiosa contrarrevolución y en otros una batalla sin fin degenerando los fundamentos del Estado.

1.2 El conflicto sirio

La revuelta que comenzó en marzo de 2011, donde los ciudadanos reclamaban un cambio político democrático, degeneró en una combinación de guerra civil y guerra por delegación –*proxy war*– con la múltiple presencia de actores locales y extranjeros, estatales y no estatales. La población siria se vio desangrada, el territorio partido en zonas de influencia leales a los actores intervinientes y el gobierno abocado a mantener su poder a cualquier costo. La profundización, intensificación y radicalización de la violencia coadyuvaron a la regionalización del conflicto. En definitiva, los sucesos que desencadenaron la Primavera Árabe en el país sólo permitieron que las fuerzas actuantes aprovecharan la situación de caos para sacar ventajas y promover sus intereses particulares, desgarrando así la propia entidad estatal.

Hasta llegar a semejante tragedia, es pertinente describir su evolución. Las protestas de mediados de marzo fueron el corolario de un agotamiento profundo de un sector mayoritario de la población que ya no toleraba más el deterioro de la situación económica, agravada tras medidas de corte neoliberales y la vigencia de un sistema de corrupción sustentado en la alianza tejida entre la cúpula del régimen y los sectores empresariales urbanos⁶. Ante la movilización pacífica, bajo las consignas de libertad y democracia, el régimen optó por responder con la opción militar. El temor a un efecto contagio tras los acontecimientos regionales era un riesgo enorme que Al-Assad no estaba dispuesto a atravesar. La represión salvaje hacia civiles llevó, en consecuencia, al repliegue de la estrategia pacifista pergeñada por los sectores políticos de la oposición y su reemplazo por una militar. Sepultado el camino del cambio ordenado, la confrontación armada era la única opción viable que identificaba la oposición.

En medio de este escenario ya de auténtica guerra civil, el régimen ensayó una tibia liberalización política con el fin de contentar a los sectores de la oposición política, pero que en el fondo no serían más que reformas cosméticas para asegurar su propia supervivencia (Álvarez-Ossorio, 2014). Si bien este “período reformista” permitió la

⁶ Es aleccionador el hecho de que las conexiones construidas entre las familias del régimen y otras familias de grandes fortunas provenientes del ámbito político, militar o empresarial le proporcionaron a Al-Assad una base de poder indiscutible. Este tipo de alianzas estratégicas le permitieron al régimen subsistir en medio de la destrucción del país. Sobre este punto, léase Álvarez-Ossorio, I. (2014) El enroque autoritario del régimen sirio: de la revuelta popular a la guerra civil, *CIDOB*, N° 109, p. 157-176.

creación de plataformas políticas opositoras⁷, lo cierto es que la evolución de los hechos en el terreno iba obturando la eficacia de sus acciones y, lentamente, destruyendo su cohesión interna. En su lugar, las milicias armadas eran quienes iban logrando la obtención de verdaderas ganancias, lo que de algún modo contribuyó a autonomizar su lucha.

La confrontación entre el régimen y los rebeldes creó una situación de vacío de poder en el territorio que fue llenado por actores de lo más diversos. Entre ellos se cuentan grupos locales apoyados por terceros Estados y grupos salafistas y yihadistas que aprovechaban la situación para promover sus propios intereses, entre estos, por ejemplo, la creación de un Estado islámico regido por la ley islámica. De este modo, lo que surgió como un suceso de la Primavera Árabe, tras dos años se transformó en un escenario de guerra donde participaban explícita o implícitamente el régimen, grupos rebeldes, grupos terroristas, potencias regionales y potencias mundiales.

Este combo explosivo de actores e intereses debe ser analizado por capas. Como se vio recientemente, el régimen empleó fundamentalmente el uso de la fuerza hacia los rebeldes y civiles indefensos para su garantizar su supervivencia. Ésta misma también fue asegurada a partir del entramado de apoyos obtenidos. Junto a las alianzas clánico-familiares que se expusieron arriba, y que denota el apoyo de una parte de la población local, debe ponderarse la ayuda internacional de dos actores claves: Rusia e Irán. El interés de ambos estribó en sostener indeclinablemente a su aliado Bashar Al-Assad, pues se decanta que es una baza fundamental en el mantenimiento de sus respectivas posiciones en la región; de lo contrario, la derrota del régimen hubiera significado la victoria de sus adversarios. En definitiva, resulta claro que la asistencia política, económica y militar –directa por medio de sus fuerzas e indirecta por medio de *proxies*, como Irán con Hezbollah– ha sido la razón fundamental de por qué Al-Assad no fue derrotado y, en detrimento, cómo fue recuperando poder y territorio a lo largo de los años.

El reverso de esta moneda fue la falta de *timing* de Occidente. El débil compromiso inicial de los Estados Unidos, en comparación con la compenetración rusa, debilitó su influencia en la región y desencantó a sus aliados. Ni siquiera la vulneración

⁷ *Ibíd.*

de la línea roja de no emplear armas químicas contra la población civil fue suficiente para que el por entonces presidente norteamericano, Barack Obama, reemplazara la estrategia de contención del conflicto que venía aplicando. Si bien los Estados Unidos estaban comprometidos con el cambio de régimen, su accionar no iba más allá de los apoyos dados a grupos locales y Estados aliados que participaban explícitamente en el conflicto. Solamente luego de la irrupción con fuerza del Estado Islámico en 2014, el establecimiento del califato y la perpetración de atentados en Occidente, los Estados Unidos reaccionaron armando una coalición internacional que no titubeó en bombardear territorio sirio para enfrentarlo. Pero más allá del combate contra el terrorismo que ha mostrado cierto activismo norteamericano, el fracaso de las iniciativas diplomáticas en relación a un principio de acuerdo el régimen y la oposición moderada lastró su influencia, dando espacio, en su lugar, a que las potencias medias regionales la suplantasen. Además de la inclusión de Irán como sostén y aliado de Al-Assad, otros actores como Arabia Saudita, Turquía y Qatar intervinieron en el conflicto promoviendo sus propios intereses al apoyar a distintos grupos por medio de asistencia militar, apoyo político y financiero.

En consecuencia, en el conflicto sirio han convivido dos dinámicas: su internacionalización y regionalización. Ambos procesos terminaron siendo factores claves para la supervivencia de las partes en el conflicto, tanto para el régimen que precisó los apoyos para sostenerse en el poder, para la oposición que necesitó de la asistencia internacional para mantener sus posiciones, para los grupos terroristas que aprovecharon la inestabilidad regional para desarticular las fronteras territoriales y también para las potencias extranjeras que necesitaron imperiosamente defender sus intereses (Heydemann, 2013). La primera reseña el alcance global de los acontecimientos, esto es, el impacto y repercusión que ha tenido sobre los Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y China, fundamentalmente. La situación siria ha sido tema de agenda del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde la puja entre las potencias impidió adoptar resoluciones al respecto. La segunda se refiere al efecto contagio en la región, puesto que ha profundizado el sectarismo y afectado intensamente las estrategias de las potencias medias regionales y convulsiona aún más la región entera del MENA. Como hechos subsecuentes, el polvorín sirio agudizó la rivalidad irano-saudí y motivó la exportación de las operaciones de los grupos que combaten en Siria.

En relación a este último punto, es interesante resaltar dos desprendimientos claves resultantes de la radicalización del conflicto. Uno de ellos fue la irrupción del autodenominado Estado Islámico, quien aprovechó la anarquía para ir ganando poder, territorio e influencia, y así transnacionalizar su accionar; otro fue el aumento de la influencia de los kurdos, sobre todo en la lucha contra el Estado Islámico, lo que les permitió reflotar sus deseos autonomistas e independentistas. Ambos hechos se analizarán en las secciones 1.3 y 1.4.

En definitiva, estos hechos evidencian que Siria ha sido el escenario de una doble guerra, civil y delegativa. La primera se explica por la confrontación armada entre el régimen y la miríada de grupos y milicias locales por la supremacía política y territorial. Junto a esta naturaleza del conflicto ha coexistido una que puede ser denominada *proxy war*, la cual indica la activa presencia e intervención de actores internacionales y regionales operando a través de bandos locales (Álvarez-Ossorio, 2014).

1.3 La irrupción del Estado Islámico

Fruto de la descomposición e inestabilidad territorial en la región del MENA es que puede explicarse el surgimiento del autodenominado Estado Islámico. El hecho que se considera de relevancia aquí estriba en la notable capacidad del grupo de modificar las reglas de juego dentro del tablero regional como también al interior del terrorismo transnacional con novedosas tácticas y estrategias que resultaron más eficaces que las empleadas por otras organizaciones como Al Qaeda y sus filiales. Es decir, la irrupción del Estado Islámico como fenómeno fue un acontecimiento que obligó a las potencias a tomar nota.

Nacida originariamente como filial de Al Qaeda y bajo el liderazgo de Abu Musab Al-Zarqawi, la incipiente organización comenzó a operar en territorio iraquí adoptando por aquel entonces el nombre de Al Qaeda en el Tigris y el Éufrates, simplificando prontamente su nombre a Al Qaeda en Irak. Antes que entrar en detalles

acerca de su génesis⁸, es importante resaltar que desde temprano se fue apreciando la diferencia entre la filial y la organización líder en cuanto a ideas y metas. Sin romper pero manteniendo cierta distancia, el vínculo se mantuvo como un matrimonio de conveniencia, sustentado sobre una estrategia conjunta en territorio iraquí en tiempos de intervención norteamericana. Es en este contexto donde, tras la muerte de Al-Zarqawi en 2006, la organización cambió su nombre de Al Qaeda en Irak a Estado Islámico de Irak, lo cual venía a demostrar en cierto punto cierta vocación autonomista del grupo y sus miembros.

Con la generalización de las revueltas populares a través de la región del MENA en el año 2011 y la complejización posterior del escenario sirio, el contexto fue propicio para que diversos grupos terroristas aprovecharan la inestabilidad reinante para poder alcanzar sus proyectos finales. En este caso, la estrategia territorialista del Estado Islámico de Irak, a diferencia de un proyecto más global y desterritorializado que sostenía Al Qaeda, era compatible con la infiltración en el polvorín sirio. No obstante, debe recordarse que en Siria ya se encontraba presente una filial de Al Qaeda, el llamado Frente Al Nusra.

El ingreso del Estado Islámico de Irak en Siria no sólo motivó el cambio de denominación a Estado Islámico de Irak y el Levante, sino que igualmente produjo un primer quiebre con la organización central, quien tenía como nuevo líder a Al-Zawahiri tras la captura y muerte de Osama Bin Laden en el año 2011. Un segundo quiebre definitivo se produjo como consecuencia de una serie de factores encadenados: la estrategia del Estado Islámico de Irak, que combatía tanto a los rebeldes sirios sunnitas como a otros grupos terroristas –entre ellos el mismo Frente Al Nusra– y que, a su vez, los despojaba de sus recursos y posiciones, estimuló los rechazos de Al Qaeda; y la negativa pública de su líder, Al-Baghdadi, a reconciliarse y prestar lealtad a Al-Zawahiri (Zelin, 2014).

La ruptura entre Al Qaeda y su ex filial exacerbó la competencia yihadista entre ambos grupos. Si bien compartían el objetivo estratégico de instaurar un califato islámico regido por la *sharia* (ley islámica), disentían en cuanto las tácticas y estrategias para lograrlo. Finalmente, esto se hizo realidad el 29 de junio de 2014 cuando Abu Bakr

⁸ Para más información sobre su surgimiento, léase Zelin, A. (2014) The War between ISIS and al-Qaeda for Supremacy of the Global Jihadist Movement, *Washington Institute for Near East Policy*.

Al-Baghdadi anunció la creación del califato islámico y se autoproclamó califa⁹ sobre los territorios obtenidos en Irak y Siria, haciendo valer las condiciones de porosidad de las fronteras e inestabilidad política.

Con el anclaje territorial, el autoproclamado Estado Islámico comenzó a explotar sus particularidades, diferenciándolo aún más de las restantes organizaciones terroristas transnacionales. En primer lugar, se destaca la diversificación de sus operaciones que incluían actos de insurgencia urbana con atentados terroristas en la región y en ciudades occidentales. En segundo lugar, la organización diseñó una intensa campaña propagandística y de reclutamiento combinando el uso de las redes sociales y la *deep web* (red oscura de Internet) para llegar a sus futuros combatientes, los cuales arribaron a la región provenientes de diversas partes del mundo. En tercer lugar, la violencia extrema resultante de las decapitaciones, violaciones y todo tipo de torturas publicitadas en las redes generaron un extraño efecto de seducción en individuos, en su mayoría jóvenes, no necesariamente marginados o alienados en sus sociedades de origen, sino que se sentían igualmente influenciados por una ideología trascendental. Finalmente, en cuarto lugar,

“en pos de realizar un control efectivo sobre el terreno, emprendió acciones de infantería con combatientes entrenados -que llegaron incluso de Europa y Estados Unidos-, ocupó los edificios públicos para emprender los actos de gobierno, incautaron las reservas de los bancos y controló los pocos pozos petroleros sirios –como los campos de Koniko. Esto último le permitió ganar autonomía financiera al vender por ejemplo el crudo hasta un 50% menos a Turquía (...) y así brindar servicios básicos, pagar sueldos y comprar armas en el mercado negro de Medio Oriente. Todo ello configuraba las condiciones de un proto Estado, condenado por el propio régimen sirio y por el resto de los rebeldes” (Paredes Rodríguez, 2014).

A medida que aumentaba su eficacia en la consecución de territorios en Irak y Siria y la inestabilidad post Primavera Árabe se ahondaba, la estrategia del Estado Islámico iba conquistando cada vez más adeptos en la región del MENA. La popularidad de la organización hizo que fuera posible un amplio reclutamiento regional de combatientes y un incremento de lealtades provenientes de organizaciones terroristas otrora afiliadas a Al Qaeda, lo cual le permitió ampliar su campo de acción e influencia.

⁹ Cabe recordar que la institución del califato fue abolida por Mustafa Kemal “Ataturk” en 1924 tras la constitución de la República de Turquía.

Asimismo, recolectó soldados foráneos a la región, especialmente procedentes de Europa. Indefectiblemente, este incremento y diversidad en su base de poder comenzó a ser realmente preocupante para la seguridad de las potencias regionales y mundiales. Hacia Occidente, el Estado Islámico no sólo aterrorizaba por medio de atentados, fueran tradicionales o de características *low cost* (bajo costo)¹⁰, sino que también poseía una compleja visión estratégica:

“ISIS’ strategy in the non-Muslim world is first to polarize European communities and to create opportunities to implant itself in their core. Secondly, ISIS seeks to weaken both the West and Russia by forcing them to increase defensive measures. Finally, it seeks to encourage the return of nationalism in Western countries to foster discord and conflict among them” (Bloem y Ooesterveld, 2017: 10).

Más allá de su destino final, el cual excede al período bajo estudio, debe mencionarse que la irrupción con fuerza del Estado Islámico, a pesar de que ya contaba con posiciones en Irak, sólo fue posible por la situación de desgobierno que se vivía en Siria. En otras palabras, el caos era su condición para sobrevivir, se alimentaba de él para incrementar su fuerza de atracción al crear una cosmovisión basada en que todo el mundo estaba en su contra. Agudizando estas tendencias, la organización buscaba hacer acto de presencia en otros territorios en conflictos para expandir su influencia.

Sea como fuere, su existencia alteró por completo los intereses de los actores involucrados en el tablero geopolítico sirio. Más aún, su vigencia hizo que actores con tendencias incompatibles e irreconciliables aunaran posiciones para combatirlo, mientras que también dicha vigencia fue necesaria para estos determinados actores con el fin de disfrutar los efectos no deseados de una situación de inestabilidad. En esta tónica, por ejemplo, Al-Assad empleó la retórica del mal menor para imponerse como la única solución posible. En esta misma dirección cabe decir lo mismo de un actor fundamental, los kurdos, quienes usufructuaron el caos para aumentar su indispensabilidad como actor clave en la lucha contra el terrorismo y ganar apoyos internacionales.

¹⁰ Se denominan de tal modo puesto que emplean pocos recursos para ser cometidos, como por ejemplo un camión o una furgoneta.

1.4 Las aspiraciones de los kurdos

Un ulterior desprendimiento de la inestabilidad reinante de la región fue la consolidación de las aspiraciones autonomistas e independentistas de los kurdos. Este hecho no puede soslayarse del combate contra el Estado Islámico, pese a estos deseos ya existían con anterioridad. Cabe recordar que los kurdos constituyen la minoría nacional más numerosa del mundo en no contar con un Estado propio. Su dispersión por la región fue creando distintas realidades con sus respectivas aspiraciones pero lo cierto es que siempre se mantuvo al tope de su agenda la independencia como pueblo unificado con soberanía sobre tierras históricas.

Como minoría marginada por la historia, los kurdos forjaron su identidad desde el ostracismo. Más cercano en el tiempo, los acuerdos Sykes-Picot (1916) crearon artificialmente un mapa territorial que ignoraba particularidades étnicas, religiosas, lingüísticas y tribales, cimentando de esta forma un escenario pasible de ser cuestionado. Como fuere, los acuerdos respondieron a los intereses de las potencias del momento, Francia y Gran Bretaña, quienes estaban preocupados en establecer una estabilidad semi colonial anticipándose a la desintegración del Imperio Otomano. El entendimiento entre las potencias y sus aliados regionales relegaba todo tipo de reivindicaciones generales del pueblo kurdo y los condenaba a caer bajo el dominio de entidades estatales artificialmente creadas. Hacia 1920 se les abrió una ventana de oportunidad con el Tratado de Sèvres, firmado entre el Imperio Otomano y las potencias aliadas, en el punto donde se preveía la creación de un Kurdistán en el territorio que por aquel entonces se constituiría Turquía. No obstante, debido a los rechazos generados por el pueblo turco y bajo la batuta de Mustafa Kemal “Ataturk” fue librada una guerra independentista contra lo que suponían que era un tratado de expoliación, el cual finalmente nunca fue ratificado. En contrapartida, luego de una lucha exitosa, en reemplazo de ese acuerdo sería firmado el Tratado de Lausana (1923), que reconoció la soberanía de Turquía los territorios que hoy en día posee. Para los kurdos, en cambio, esto suponía el sepulcro de aquella promesa de un Kurdistán independiente. Desde entonces, subsiguientes acuerdos han ratificado las actuales fronteras en la región del MENA, solidificando así un nuevo statu quo.

Para contextualizar, los kurdos son, hasta el momento de recabar la información, un pueblo de poco menos de 40 millones de personas, quienes se encuentran dispersos

principalmente en cuatro países. Según datos estimados, en Turquía se cuentan aproximadamente 15 millones, representando el 19% de la población total; en Irak 7 millones, equivalentes al 20% de la población; en Irán son 8 millones que representa el 10% del total; mientras que en Siria se estima una cifra cercana a los 2 millones, llegando a constituir el 9% de la población (Sputnik, 10 de enero de 2018). Estos datos validan la combinación entre particularismo y universalismo que se hacía mención anteriormente, es decir, que cada grupo mantiene problemáticas particulares en paralelo a las aspiraciones independentistas que son de carácter universal, más allá de la factible viabilidad de un proyecto de tales características.

Empero, fue el conflicto sirio el que funcionó como catalizador de esas aspiraciones de carácter histórico. Antes de entrar en detalles, se debe introducir que fueron los sucesos en Siria con sus consiguientes desprendimientos los que recrudecieron la tradicional hostilidad entre el Estado turco y el PKK; fue la lucha contra el Estado Islámico en Siria y también en Irak la que movilizó a los kurdos sirios e iraquíes; y fue a través del efecto demostración de la lucha de sus pares lo que motivó el despertar, en menor medida, de los kurdos iraníes. En efecto, la autonomización de los kurdos en el escenario de inestabilidad regional generó hondas preocupaciones en estos cuatro países.

Las oportunidades de los kurdos fueron *in crescendo* a medida que la situación en Siria se iba degenerando. Tras un período de relativa calma ante los acontecimientos de marzo de 2011, los kurdos sirios emprenderían un camino hacia la auto-organización política y territorial. A pesar de sus diferencias, el 26 de julio de 2012 las dos formaciones más influyentes, el PYD (Partido de la Unión Democrática) –brazo sirio del PKK– y el CNK (Consejo Nacional Kurdo) –quien agrupaba otras quince formaciones kurdas– suscribieron el Acuerdo de Erbil, por el que se creaban el CSK (Consejo Supremo Kurdo) y las milicias armadas YPG. Éstas fueron las encargadas de detentar la función de combatir tres objetivos militares: las fuerzas leales al régimen de Bashar Al-Assad, el Estado Islámico y el Estado turco. El despliegue sobre las zonas del norte de Siria otrora controladas por las fuerzas leales a Damasco generó nerviosismo en Turquía, quien percibió este movimiento como una amenaza a su integridad territorial, y en las fuerzas de la oposición siria –algunas de ellas aliadas a Ankara–, que veían cómo los kurdos emprendían su propio rumbo. Más profunda fue la preocupación

de estos actores cuando el PYD proclamó la autonomía de Rojava, el Kurdistán sirio, que se componía de los cantones de Afrin, Kobane y la Yazira, como consecuencia del vacío de poder generado por la guerra. Asimismo, fue establecida una Asamblea Constituyente para el ejercicio de la administración del territorio (Álvarez-Ossorio, 2017).

En efecto, la crisis siria permitió la articulación de estrategias entre los kurdos sirios y entre estos y los kurdos turcos. La autonomía obtenida en Siria sólo puede explicarse por la situación caótica que atravesaba el país, sumido en una guerra civil y por delegación. En otras palabras, el desmembramiento del territorio generó las condiciones para el autogobierno en el norte del país colindante con Turquía. De todos modos, cabe destacar que las estrategias de los kurdos fueron mutando:

“The PKK’s opportunity of exert political dominance in Rojava has led to a change in the priorities of the Kurdish Movement. Syria has become more important than Turkey or, at very least, two linked centres of political gravity have come into being in Syria and Turkey” (Bayramoglu, 2017: 39).

El idilio en las aspiraciones de los kurdos en Siria obtuvo pronto un mazazo, especialmente tras la irrupción en escena de las milicias del Estado Islámico. En este sentido, los kurdos de los cantones del norte representaban para los salafistas un obstáculo a la expansión del califato y también un enemigo de características sectarias. Ante esto, el epicentro de la batalla fue la ciudad siria de Kobane, bajo control kurdo. El asedio por parte de los militantes del Estado Islámico evidenció una serie de factores: la movilización de las milicias kurdas iraquíes (*peshmergas*) en defensa de sus compatriotas; el pedido expreso de los kurdos turcos a su gobierno para concurrir en su ayuda; el condicionamiento de Ankara para colaborar con el PYD y su pasividad ante el desenvolvimiento de los hechos; y, finalmente, la amenaza del régimen de Bashar Al-Assad a Turquía de que cualquier intervención turca sería entendida como un acto de agresión.

Tras meses de combate, en donde la matanza sufrida por el pueblo kurdo en un comienzo revirtió el proceso de cese al fuego en Turquía entre el Estado y el PKK y condujo al recrudecimiento de las hostilidades entre ambos, la popularmente conocida como la “batalla de Kobane” ubicó finalmente a los kurdos como el principal aliado para Occidente en la lucha contra el Estado Islámico. El apoyo recibido por las

potencias occidentales fue usufructuado para obtener el máximo de ventajas sobre el territorio, donde el objetivo principal pasaba por proteger el experimento político en Rojava. Más aún, la indispensabilidad en la lucha contra la milicia yihadista le permitió a las organizaciones kurdas codearse con Estados y organizaciones internacionales, lo cual era prioritario en pos de aumentar su influencia en la comunidad internacional.

En paralelo a la consolidación de las posiciones de los kurdos en Siria y al aumento de las presiones de sus compatriotas en Turquía, sus contrapartes en Irak iban igualmente afianzando su relevancia en la lucha contra la milicia yihadista, bajo la anuencia de los Estados Unidos. Fue en este trasfondo que el Gobierno Regional del Kurdistán (GRK), liderado por Masoud Barzani, tomó conciencia de la factibilidad de establecer la independencia del Kurdistán iraquí. Cabe recordar que la situación en Irak difería de la de Siria y Turquía, puesto que desde la derrota de Sadam Hussein en 1991 los kurdos gozaban de una autonomía *de facto*. A esto se suma lo dispuesto en la Constitución de 2005 donde se proclama la condición federal del Estado y el reconocimiento legal de la región autónoma del Kurdistán, con base en la ciudad de Erbil, bajo control administrativo y político del GRK. Sobre estas condiciones, los kurdos iraquíes gozaban de una mayor autonomía que sus pares en la región. Y además disfrutaban de mantener estrechas relaciones con potencias regionales, como Turquía, en donde el vínculo pasaba principalmente por lo comercial.

Esta experiencia de autogobierno durable, el avance sobre territorios considerados históricos como Kirkuk como consecuencia del desalojo de las milicias yihadistas y la condición de aliado de Occidente en el combate condujo a la toma de conciencia de Barzani de que la independencia podía ser posible. El resultado de ese reajuste de las pretensiones fue el referéndum independentista del 25 septiembre de 2017, desconocido por la comunidad internacional de Estados y rechazado por Bagdad, a lo que acto seguido respondió interviniendo con tropas militares las principales ciudades bajo control del GRK.

Aprovechando la lucha contra el Estado Islámico y el vacío de poder territorial, los kurdos en la región creyeron poder viabilizar distintos proyectos autonomistas e independentistas, tanto en Rojava como en el Kurdistán iraquí. Si bien eran un activo fundamental para Occidente, también entrañaba un nuevo huevo de la serpiente en la medida en que sus aspiraciones eran totalmente incompatibles con los intereses de las

potencias regionales. El temor de éstas a sufrir las consecuencias de un efecto dominó kurdo las movilizó a tomar cartas en el asunto. La reacción de Bagdad hacia el GRK tras el repliegue del Estado Islámico y el entendimiento entre Turquía e Irán sobre Siria apuntan hacia este camino, buscando evitar a cualquier costo la existencia de un Kurdistán independiente.

En conclusión, estos cuatro hechos relatados revisten de gran importancia para el análisis de la política exterior de Turquía en el período bajo estudio. Si bien ha habido otros acontecimientos que han repercutido igualmente en el diseño de esta política pública, ninguno de ellos ha tenido una trascendencia asimilable a los aquí mencionados. El desarrollo de estos cuatro hechos individualizados de ninguna manera supone construir un análisis compartimentado, ya que la elección de los mismos denota una suerte de secuencia lógica: la Primavera Árabe fue el paraguas de lo sucedido en Siria, escenario que se agravó hasta el punto de ser testigo de dos tipos ideales de guerra –civil y delegativa–; la situación caótica emergente permitió el desprendimiento de otros dos hechos, tales como la irrupción del Estado Islámico y el aumento de las aspiraciones autonomistas e independentistas de las poblaciones kurdas. Este entrecruzamiento de los hechos permite dar paso al análisis en profundidad de las acciones de política exterior de la República de Turquía.

2. Las acciones

Este segundo capítulo buscará identificar las principales acciones de política exterior aplicadas por la República de Turquía hacia los cuatro hechos consignados en el capítulo anterior, teniendo en cuenta que los mismos agitaron tanto a la región del MENA como a las estrategias del país euroasiático.

Para realizar un balance global de la política exterior de un país resulta clave primero identificar sus acciones principales ya que se insertan en un contexto determinado. Partiendo de la base de que la región del MENA se encuentra desde el año 2011 atravesada por un período de reconfiguración territorial y de poder, la política exterior como política pública diseñada por las autoridades nacionales debió tener en cuenta esa eventualidad. Por estos motivos, la volatilidad regional impactó fuertemente en las mentes de los decisores turcos, lo que condujo al incremento de la incertidumbre y la falta de tacto en la generación de la política exterior. La imprevisibilidad del contexto obró en dirección al replanteamiento constante de la misma, siendo frecuente la consideración de repentinos cambios de timón alrededor de una determinada problemática. Sobre este trasfondo, serán consideradas las acciones externas de Turquía hacia la Primavera Árabe, el escenario bélico en Siria, la irrupción del Estado Islámico y el aumento de las reivindicaciones autonomistas e independentistas de los kurdos de la región.

2.1 Abandono de la Profundidad Estratégica

Con anterioridad a los sucesos que le dieron forma a este proceso, la política exterior de la República de Turquía estuvo unívocamente definida sobre los preceptos de la Doctrina de la Profundidad Estratégica. Como corpus teórico, le otorgaba al país una determinada ubicación en el sistema internacional en función de sus recursos de poder disponibles. La política empleada por entonces, desde la llegada al poder del AKP en 2003, se sostenía sobre una serie de principios, a saber, el de “cero problemas con los vecinos”, la multidimensionalidad de la política exterior, la ponderación del *soft power*

como recurso de poder, la mediación en los conflictos regionales, entre otros (Altunisik, 2011). En su conjunto, la adopción de esta doctrina tenía la finalidad de convertir al país en una potencia mundial aprovechando, según su cosmovisión, su cualidad inherente de *center state* en términos geopolíticos, geoeconómicos y geoculturales. Con esta visión, las autoridades turcas le imprimieron un nuevo curso a la política exterior en reemplazo del paradigma vigente hasta el momento, el kemalismo, sustentado sobre una cosmovisión pro-occidental. En relación a esto, el gobierno islamista del AKP era descendiente de un enfoque neo-otomanista, revalorizando el retorno a la región y adquiriendo ciertas reminiscencias del pasado otomano, todo lo cual estaba cargado de una inobjetable dosis de simbolismo. El neo-otomanismo pergeñado en los inicios estaba dotado de tintes democráticos y plurales, puesto que se sostenía sobre la búsqueda de cooperación y asociación con potenciales socios regionales aunque siempre arrogándose una posición de superioridad.

Bajo la aplicación consciente de estos principios, el país adquirió importantes ganancias políticas y económicas. La política de los “cero problemas con los vecinos”, el pilar de la Profundidad Estratégica, redundó en un mejoramiento sin igual en las relaciones con los países más cercanos a sus fronteras, esencialmente con Siria, Irak e Irán. A su vez, fuera de la región del MENA, tanto la atención puesta en los Balcanes y en parte de África contribuyeron a consolidar la imagen de Turquía como Estado amigo y responsable.

Ciertamente, la Profundidad Estratégica estaba concebida para una coyuntura regional e internacional permisiva en donde los potenciales socios fueran receptivos a sus propuestas de cooperación. Hasta el 2011, la región, más allá de la intervención norteamericana en Irak, atravesaba por un período de estabilidad autoritaria, lo cual era favorable a la aplicación de los principios de política exterior de Turquía. El país euroasiático no cuestionó la situación política interna de cada uno de sus socios a cambio de que redundara en beneficios económicos y políticos. Sin embargo, los sucesos que le dieron forma a la llamada Primavera Árabe supusieron un cataclismo en la región, resignificando aquella aparente estabilidad y las estrategias adoptadas por Turquía.

En la génesis del proceso, cabe decir que las protestas surgidas en diciembre de 2010 en Túnez tomaron desprevenida a la comunidad internacional como así también a

Turquía. La reacción inmediata ante la demostración de malestar de la población tunecina fue prudente entendiendo que sólo se trataba de una mera cuestión nacional aislada. Se debe recordar que la doctrina de política exterior implementada hasta ese momento rechazaba la injerencia en los asuntos internos de terceros Estados, así que ante los sucesos en Túnez sólo cabía aguardar. Empero, tras la caída del régimen de Ben Ali, la situación fue propicia para aumentar la influencia como consecuencia del cambio de fuerzas producido en el país. Las autoridades turcas saludaron públicamente la revolución tunecina y de ahí en más pusieron todo su empeño en fortalecer las relaciones entre los dos Estados, sosteniéndose de las estrechas conexiones entre los partidos oficialistas, los islamistas AKP y Ennahda. Aprovechando el nuevo clima imperante, en los siguientes dos años fueron suscriptos una gran cantidad de acuerdos para apuntalar la infraestructura administrativa, civil, social y educacional, el sector productivo y el de seguridad de Túnez, además de asuntos de cooperación técnica (Altunisik, 2013).

Paralelamente a lo acontecido en Túnez, movimientos tectónicos similares se produjeron en Egipto. Con la experiencia fresca de Ben Ali, las reclamaciones en pos de la caída de Mubarak y todo el régimen político movilizaron a Ankara a dar una respuesta rápida. En un primer momento, pese a contar con una relación frágil a nivel personal, Erdogan buscó persuadir a Mubarak de que escuchara las demandas del pueblo. Sin embargo, con el devenir de las protestas, la prudencia inicial del gobierno turco se transformó en un mayor activismo en pos del cambio democrático, lo cual era una vulneración directa a la política de “cero problemas” puesto que se articulaba sobre el tejido de relaciones cordiales con los vecinos de la región. Este giro fue justificado por Davutoglu en sentido de que los problemas debían estar exentos de las relaciones con los pueblos y no con los gobiernos. De este modo, ante los procesos de cambio en Túnez y Egipto, Turquía pasó abiertamente a apoyar a las revoluciones democráticas en detrimento de los elementos del *ancien régime*.

Con la caída de Mubarak, el objetivo se centró en apoyar políticamente a la Hermandad Musulmana de cara a las elecciones. El triunfo de Morsi abrió una nueva etapa en las relaciones bilaterales, caracterizada por un auge de acuerdos de carácter económico, político y militar. Las visitas de alto nivel de autoridades turcas a la capital egipcia signaron el nuevo clima político. A fin de cuentas, el cambio democrático en el

país de los faraones era crucial para los planes de Turquía de extrapolar y exportar su modelo de país a la región. Por eso es que Ankara puso tanto empeño en el fortalecimiento económico e institucional de aquel país, teniendo en cuenta la potencialidad de un soñado eje Ankara-El Cairo.

Sin embargo, la experiencia de Morsi llegó rápidamente a su fin el 30 de junio de 2013, como así también la influencia de Turquía en el país. El golpe a los islamistas fue condenado enérgicamente por las autoridades turcas, las cuales entablaron una campaña internacional en contra de la legitimidad del nuevo régimen. Estoica pero vanamente, Turquía denunció lo sucedido como un golpe militar, en contraste con la prudencia y pasividad de la comunidad internacional.

Otro gran desafío con el que tuvo que toparse Turquía se dio en la Libia de Gadafi, país con el que mantenía una sólida relación bilateral y dónde los líderes de ambos países presumían una buena relación personal. La inestabilidad provocada por las protestas y la posterior represión oficial ponían en jaque los proyectos económicos turcos y generaba incertidumbre sobre la situación de los casi 25.000 trabajadores de nacionalidad turca radicados en el país. El dilema de Turquía estribaba en cómo operacionalizar sus intereses económicos en un escenario explosivo. Más aún, la intervención occidental complejizaba el proceso de toma de decisiones, ya que no era del todo operativo el principio de no injerencia en los asuntos internos cuando la comunidad internacional toda estaba compelida en intervenir para sacar del poder a Gadafi. En este marco, donde incluso Rusia se abstuvo en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas permitiendo así el accionar de la organización atlántica, Turquía debía hacer pesar su credibilidad de actor responsable y comprometido con la cuestión humanitaria y democrática. De esta forma, tras iniciales intentos de encontrar una salida pactada por fuera del intervencionismo militar, las autoridades turcas decidieron subirse al carro de Occidente, apoyando la operación militar y cortando todo tipo de vínculos con el régimen. Turquía se apresuró en supervisar la zona de exclusión aérea establecida por la Resolución 1973, en proveer *jets* de combate y navíos para contribuir con el bloqueo naval y se sumó al embargo de armas (Finkielsztoyn, 2014). Ya no estaban en juego los negocios, sino la credibilidad especialmente tras la posición adoptada en Túnez y Egipto.

Pero la continuación de los hechos en Libia probó que la intervención de Occidente y la caída y muerte de Gadafi no hicieron más que agravar la situación política en el país. El vacío de poder creado en un país asentado en más de 140 tribus fue llenado por una multiplicidad de actores. En este contexto de caos, Turquía decidió apoyar a los islamistas del gobierno de Trípoli en consonancia con Qatar, a contra mano de otros actores como Arabia Saudita, Emiratos Árabes y Egipto –bajo Al-Sisi– que dedicaron todos sus esfuerzos en apuntalar al bando establecido en Tobruk, enemigo declarado de los islamistas.

Exceptuando las protestas acontecidas en el Reino de Bahrén y en Yemen, otro escenario inmerso en el proceso de la Primavera Árabe que fue seguido y estudiado por las autoridades turcas con minuciosidad fue el sirio. Las protestas populares causaron el mismo efecto que las acontecidas Libia principalmente: ¿apoyo al régimen o a la oposición democrática? La cuestión en Siria era harto compleja debido a que el país era el símbolo de la política de “cero problemas” que tantos resultados positivos le había permitido cosechar¹¹. De esta manera, no resultaba agradable tomar cualquier decisión al respecto. Al igual que en Egipto, la primera reacción de Ankara fue exigirle a Al-Assad que implementara las reformas que le exigía su propia población. Pero el aumento descarnado de la represión estatal y la no respuesta a los planteos turcos fue el catalizador de un cambio en su aproximación al problema, similar al que se produjo en Libia. Davutoglu fue elocuente al respecto cuando manifestó: “We wanted [al-Assad] to be the Gorbachev of Syria, but he chose to be Milosevic” (Hurriyet Daily News, 10 de febrero de 2012).

La desarticulación del poder y del territorio en Siria como consecuencia de la transformación a un escenario de guerra condujo a señales confusas y contradictorias por parte de Turquía. Si bien este tema se analizará en la siguiente sección con mayor profundidad, resta remarcar aquí que, superadas las dilaciones iniciales en cuanto al intento de persuadir a Al-Assad, Turquía jugó el pleno de la oposición, democrática primero y rebelde después, sepultando por completo los logros cosechados bajo la

¹¹ Bajo la aplicación doctrinaria de la Profundidad Estratégica, Turquía había mejorado notoriamente sus relaciones con la Siria de Bashar Al-Assad. En el ámbito económico fue ratificado el Tratado de Libre Comercio en 2007, el cual permitió el aumento importante de los flujos comerciales. Asimismo, los intentos de mediación turca entre Siria e Israel en relación a los Altos del Golán y otros acuerdos de carácter técnico, entre ellos el referente a la eliminación de los requisitos para la obtención de visados, coadyuvaban a una percepción favorable de Turquía al interior de Siria (Altunisik, 2011).

Profundidad Estratégica en el período anterior a la explosión de las revueltas. Este giro se realizó sobre la percepción de que el régimen sirio podía caer más temprano que tarde al igual que los casos anteriormente reseñados. La diferencia aquí estribaba en que el futuro de Siria era y continúa siendo crucial para Turquía, puesto que ambos comparten una extensa frontera en la cual están asentadas numerosas comunidades kurdas.

El temor a la desestabilización territorial era una realidad para Turquía pero pareció haber quedado relegada a un segundo plano cuando el interés primordial pasó a ser el cambio de régimen. Sobre este punto se avizoró la volatilidad de los intereses conforme el contexto se va reconfigurando, ya que si en un momento el interés giraba en torno al mantenimiento de relaciones estables para la consecución de beneficios materiales concretos, con el adensamiento del conflicto sirio se centró en el cambio de régimen. Pero indudablemente, la cuestión territorial quedaba al margen de este enfoque, por lo que luego los intereses debieron ser reajustados de nuevo, privilegiando la espinosa cuestión de la seguridad nacional por sobre el futuro de Al-Assad.

Los escenarios mencionados dan cuenta de las dificultades en mantener una política exterior basada en principios ante una coyuntura convulsa y volátil. Por esto es que Turquía fue incapaz de seguir apostado por los “cero problemas” y por la ponderación del *soft power* para incrementar su influencia en la región. Si bien en un primer momento, los vientos de cambio apuntaban en una dirección favorable y en la factibilidad de utilizar los recursos de *soft power* para erigirse en faro democrático, la transformación de este clima en un crudo invierno dejó sin las herramientas preparadas a los decisores turcos. De una política que respiraba aires de grandeza y ambición de poder, reluciendo las credenciales de la democracia, del desarrollo económico y de islamismo moderado, se pasó a una política que no hizo más que morder el polvo de la arena de combate.

2.2 Cambio de perspectivas

Cuando se apreció que las protestas en Siria no tendrían como resultado la caída del régimen, cuando se percibió que la primavera no era más que una aspiración

utópica, cuando se tomó consciencia que Al-Assad no caería fácilmente, Turquía cambió su postura sobre la situación en Siria. El adensamiento del conflicto sirio evidenció la imposibilidad de mantener una política como la sostenida hasta ese momento.

El cambio de política hacia Siria se concretó con un mayor involucramiento, bajo el entendimiento que sólo de esa manera podría caer el régimen. Según una breve cronología, las autoridades turcas acogieron a miembros del Ejército Libre Sirio –uno de los grupos armados participando en el terreno– y patrocinaron la creación de plataformas opositoras sirias, entre estas el Congreso Nacional Sirio, creado el 23 de agosto de 2011 en Estambul, con fuerte presencia de los primos islamistas de la Hermandad Musulmana siria. En esa tónica diplomática, Turquía respaldó el proyecto de la Liga Árabe que abogaba por un diálogo entre las partes para evitar un mayor derramamiento de sangre. Ante los fracasos diplomáticos, Ankara optó por cortar las relaciones diplomáticas con Damasco, eligiendo desde entonces la opción militar. El recrudecimiento de la relación bilateral alcanzó un punto máximo cuando las fuerzas militares sirias derribaron un avión de combate turco el 22 de junio de 2012. Antes de recurrir a la fuerza, Turquía solicitó a la OTAN asistencia militar, planteo que sólo redundó en una declaración de condena al régimen sirio. Los choques armados continuaron con la agudización de la situación en la frontera y las repetidas amenazas de Ankara de entrar en suelo sirio. En adición, exacerbando el pulso contra Al-Assad, el por entonces ministro de Relaciones Exteriores, Ahmet Davutoglu, asumió un rol crucial en la Cumbre de Doha realizada entre el 8 y el 11 de noviembre de 2012 en la que se creó la Coalición Nacional de las Fuerzas de la Revolución y la Oposición Siria (Álvarez-Ossorio, 2013).

Esta arqueología de las primeras acciones de Turquía hacia el conflicto sirio demuestran a las claras los esfuerzos que asumió Turquía para derribar a Al-Assad. Además del involucramiento político y diplomático y de la tensión militar en las fronteras, hubo una intervención de carácter implícito a través del apoyo a rebeldes armados. Turquía proporcionó entrenamiento, recursos materiales y apoyo logístico principalmente al Ejército Libre Sirio, y, en segundo término, a otros grupos salafistas y terroristas como consecuencia de la imposibilidad de identificar con precisión las alianzas y filiaciones en el terreno. Entre estos, algunos de los beneficiados han sido el

salafista Ahrar Al-Sham y la filial siria de Al-Qaeda, el Frente Al-Nusra. Esta estrategia de financiamiento y apoyo a grupos con diferentes orientaciones –mientras el Ejército Libre Sirio propugna un Estado laico y democrático y los segundos optan por uno islámico bajo imperio de la *sharia*– demostró la voluntad de socavar el poder de Al-Assad a cualquier costo posible. Así, tanto a través de la vía diplomática primero, como de la militar después, Turquía buscaba establecer cierto tipo de orden que favoreciera a sus proyectos de poder.

Sin embargo, la crisis en Siria acabó siendo una pesadilla para Turquía. Como se verá luego en el apartado 3.2, la aplicación de estas políticas causó un empeoramiento de las relaciones bilaterales con Irán –otro elemento clave de la política de “cero problemas”– y Rusia, puesto que estos dos actores eran los pilares que sostenían al régimen de Al-Assad. Desde el involucramiento directo de Rusia con tropas en el territorio en octubre de 2015, la posición de Turquía se alteró por completo. En noviembre de 2015, las relaciones bilaterales llegaron a un punto de quiebre tras el derribo del *jet* ruso Sukhoi Su-24M por parte de un caza F16 turco cercano a la frontera turco-siria.

En paralelo a esto, los desprendimientos de la guerra, a saber, la crisis de refugiados, la irrupción del Estado Islámico y la creciente autonomía que fueron obteniendo los kurdos llevaron a un replanteo total de las acciones empleadas hasta el momento. Acerca de la crisis de refugiados, Turquía debió maniobrar conjuntamente con la Unión Europea, más como demanda de ésta, para evitar que el flujo de gentes se dirigiera a mansalva hacia Europa. Finalmente, las dos partes llegaron a un acuerdo en donde Turquía llevara el peso de acoger a los refugiados que se encontraban en Europa a cambio de una suma equivalente a 6 mil millones de dólares, de los cuales la mitad fueron entregados inmediatamente (D’Alema, 2017). Mientras que los factores terrorista y kurdo contribuyeron fuertemente a la modificación del interés de Turquía, el cual ya no pasaba por eliminar a Al-Assad, sino por asegurar su supervivencia. Como consecuencia de estos desprendimientos,

“internal threats far exceeded external threats, and immediate national security considerations took precedence over any other Foreign policy objective for Turkey. As a result, Turkey initiated a rapprochement with Russia with immediate repercussions for the Syrian conflict” (Akturk, 2017: 88).

El cambio de política en Siria se produjo tras un recalibramiento de la lectura de la realidad, puesto que la sostenida hasta el momento no había ocasionado más que derrotas. La aplicación de una política autonomista y no consensuada, centrada primero en la creencia de que los esfuerzos diplomáticos permitirían el establecimiento de Turquía como marco de referencia tras la caída de Al-Assad, y dirigida luego hacia el armamento a los grupos rebeldes, independientemente de su legitimidad y, por lo tanto, ignorando su condición, no redundó en los resultados esperados. La vocación autonomista de Turquía ya se había observado luego del golpe en Egipto en 2013, hecho que tampoco redundó en ganancias concretas. Por eso, ante tal descalabro de la situación y ante el ingreso del conflicto sirio en pleno territorio turco, Ankara decidió revisar sus intereses.

Al pasar los asuntos de seguridad nacional a un primer plano, Turquía relegó a un lugar inferior en su agenda la cuestión del cambio de régimen. En función de las amenazas percibidas, Turquía fue delineando su nueva política hacia Siria. En este sentido, las autoridades turcas creyeron que la opción para mejorar su porvenir venía a través de un mayor entendimiento con los actores que tenían en sus manos el futuro de Siria. Bajo este enfoque, Erdogan se disculpó públicamente a fines de junio de 2016 ante Rusia por el asunto del *jet* ruso. Es importante mencionar la fecha porque fue inmediatamente antes del golpe de Estado fallido que sufrió Turquía entre el 15 y 16 de julio del mismo año. Los pasos dados hacia el mejoramiento de la relación bilateral se apresuraron tras el golpe fallido y el fuerte apoyo del presidente ruso, Vladimir Putin, hacia Erdogan. Como otra pata de esta estrategia de conciliación, Turquía buscó recomponer el vínculo con Irán, deteriorado por los intereses en Siria y por el sustento a diferentes proxies.

Esta nueva orientación de Turquía estaba regida bajo una concepción autonomista pero consensuada, en el sentido de que ya no buscaba “cortarse sola”, sino que entendía que era fundamental aunar posiciones con sus otrora adversarios para satisfacer sus intereses.

El golpe de Estado fallido fue un elemento clave en la posterior generación de decisiones políticas hacia el escenario sirio. Hacia 2016, el Estado Islámico y los kurdos ya tenían una presencia solvente en el territorio, por lo cual las estrategias de Turquía se dirigirían esencialmente sobre estos *targets*, relegando en su agenda el cambio de

régimen. En este sentido se delinearían las operaciones militares denominadas Escudo del Éufrates y Rama de Olivo. Más allá de sus objetivos estratégicos, los cuales serán desarrollados en los próximos dos apartados, la importancia de las mismas en el tablero geopolítico sirio radicó en que Turquía, con ellas, buscó aumentar su presencia en el territorio, no sólo para la salvaguarda de sus intereses, sino también para erigirse como actor clave en la futura resolución del conflicto. En otra palabra, las operaciones militares fueron la carta de presentación de Turquía para sentarse en la mesa de negociación.

A los fines de este trabajo, finalmente, se menciona como punto de estabilización de la política exterior turca hacia Siria las negociaciones en la marco del proceso de Astaná sobre la pacificación del conflicto en el país vecino, mediante la concertación con Rusia e Irán. Los tres Estados llegaron a un acuerdo en la sexta reunión de Astaná en septiembre de 2017 en cuanto a la creación de cuatro *de-escalation zones* –zonas seguras en las cuales se impiden los enfrentamientos armados y bombardeos–, establecidas una en Ghouta oriental, otra en ciertas partes de la provincia de Homs, una tercera en la provincia de Idlib y en otras partes de las provincias vecinas de Latakia, Hama y Aleppo y una última en ciertas partes del sur de Siria.

El compromiso de Turquía en Astaná fue el único canal que percibió el gobierno para consolidar su posición en el territorio, para devenir en actor clave para el futuro de Siria, para proyectar una política de poder y para mantener sus intereses sobre la mesa. La ambiciosa idea que sostenía el AKP, mediante su enfoque neo-otomanista, de constituir al país en un actor con capacidades relativas para configurar el orden de acuerdo a sus intereses se produjo, de esta forma, gracias al entendimiento pragmático con dos Estados otrora rivales.

En consecuencia, el giro dado en Siria estuvo dado por el cambio de sus acciones e intereses. Turquía ya no buscaba eliminar a Al-Assad como interés principal, es más, se avocó a tolerarlo en el poder aunque no escatimaba en ataques sobre su legitimidad; ya no le interesaba ponderar la democracia como elemento de transformación; no utilizaba los recursos de *soft power* para aumentar su influencia; y ya no tenía más interés en recolectar el apoyo internacional a sus acciones, el cual brilló por su ausencia y máxime a medida que el nivel de democracia interna en el país iba degenerándose a los ojos de sus aliados tradicionales. En detrimento, las acciones

pasaron a estar insertas en un marco concertado con Rusia e Irán, mientras que los intereses sufrieron un reajuste, imponiéndose aquellos atinentes a la seguridad nacional.

2.3 Pasividad y activismo forzado

Hasta la toma de las ciudades de Raqqa en Siria y Mosul en Irak, el Estado Islámico no despertaba mayores resquemores en Turquía y en el medio internacional. Indudablemente, el auge del Estado Islámico fue alcanzado tras la proclamación del califato en junio de 2014. Desde entonces, las potencias regionales y globales debieron ajustar sus políticas a la nueva realidad que demandaba respuestas concretas y eficaces. Turquía, como *middle power* y testigo de los acontecimientos, era uno de esos actores que se vieron sorprendidos y perjudicados por la violencia inusitada y las estrategias innovadoras del Estado Islámico. Cuando la comunidad internacional tomó consciencia de la magnitud del asunto, urgió a Turquía a reaccionar a unirse a la cruzada contra el grupo terrorista.

Luego de esta breve introducción, debe remarcarse que lejos estuvo Turquía de satisfacer las expectativas de las capitales occidentales en cuanto a la lucha contra el Estado Islámico. Las acciones dirigidas hacia el fenómeno yihadista hablan por sí solas, siendo factible evidenciar dos momentos. El primero está caracterizado por la pasividad en función de la falta de iniciativa y acompañamiento a los esfuerzos realizados por sus aliados, mientras que un segundo momento podrá ser caratulado como activismo forzado, ya que tras la perpetración de atentados en su propio territorio las autoridades turcas debieron volantear para estar en consonancia con la lucha a nivel global. Y, por último, cabe destacar que la política hacia el Estado Islámico se realizó en el mismo tiempo en que el factor kurdo estrangulaba la seguridad nacional y donde se había frustrado un golpe de Estado. La urgencia de las circunstancias obligó a Ankara a entrar en razón.

Con la proclamación del califato de fondo y con la experiencia de la toma de rehenes en el consulado turco en Mosul, las autoridades turcas fueron obligadas a reaccionar y resolvieron plegarse al grupo de Estados liderados por los Estados Unidos

en la lucha contra el Estado Islámico. Desde un principio, Turquía decidió prestar únicamente apoyo logístico, pero rechazando ir más allá y suscribirse a un documento de consenso, el cual incluía cortar el flujos de yihadistas que pasaban por la frontera turco-siria, rechazar la ideología del Estado Islámico, romper con el financiamiento subterráneo, proporcionar ayuda humanitaria y unirse a una campaña militar unificada (ABC, 12 de septiembre de 2014). Estas dilaciones de Ankara en cuanto a un compromiso mayor se puede explicar en función de los intereses en Siria: ciertamente, la vigencia de Bashar Al-Assad y la presencia de milicias kurdas vinculadas con el PKK operando en la frontera eran las preocupaciones centrales, tanto más cuando el Estado Islámico no suponía hasta el momento una amenaza a su seguridad nacional. Si Turquía fue distante en sus acciones se debió esencialmente al cálculo de que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, razonamiento común en una región convulsa y caótica como la del MENA.

La presión de la comunidad internacional fue la que condujo a Turquía a reaccionar en repetidas ocasiones. A principios de junio de 2014, el Parlamento turco incluyó en la lista de organizaciones terroristas –en donde ya se encontraba el PKK– al Estado Islámico y al Frente Al-Nusra. Hacia fines de septiembre del mismo año, el Parlamento renovó el mandato para una intervención militar en Siria e Irak contra la amenaza terrorista. A su pesar, con estas acciones preliminares Turquía buscaba evitar caer en una situación de aislamiento internacional por sus frecuentes omisiones. Las redes de reclutamiento en Turquía¹² y la falta de controles en la frontera ante el paso continuo de militantes yihadistas aumentaban la ambigüedad de Turquía, que hacía pero dejaba hacer.

Un gran desafío para las autoridades turcas se produjo tras la extensión del asedio a Kobane. En cierto punto,

“salvar esta ciudad no era tanto un desafío estratégico como una obligación moral (...) Pero para el gobierno de Turquía, Kobane no es ni un tema moral ni un elemento de unión. Al revés, se ha gestionado como un desafío estratégico y la gestión de esta crisis ha dividido a la opinión pública” (Soler i Lecha, 2014: 39).

¹² Para más información, léase: Stein, A. (2016) Islamic State Networks in Turkey: Recruitment for the Caliphate. *Atlantic Council*. Disponible en línea: https://www.atlanticcouncil.org/images/publications/Islamic_State_Networks_in_Turkey_web_1003.pdf

La ambivalencia en Kobane se clarificó cuando Turquía asintió en abrir sus puertas a más de 100.000 nuevos refugiados, pero a la vez rechazó las presiones para permitir el ingreso de combatientes kurdos a su territorio en dirección a la ciudad. A medida que la agonía de la población kurda aumentaba, Ankara debió finalmente relajar su posición, aceptando el paso de los *peshmerga* por su territorio.

La serie de atentados perpetrados por el Estado Islámico en Turquía a lo largo de 2015 movilizaron a las autoridades turcas a un mayor involucramiento en el combate contra la organización terrorista, específicamente tras el atentado de Suruç el 20 de julio de 2015 que dejó un saldo de más de treinta víctimas. Luego de dilaciones, el gobierno decidió abrir la base aérea de Incirlik para los aviones de los países integrantes de la coalición internacional liderada por los Estados Unidos encargados de bombardear las posiciones de la milicia yihadista en Siria e Irak. Tras esto, se apreció una suerte de espiralización de las tensiones entre el Estado turco y el Estado Islámico, ya que cualquier movimiento de alguno de ellos tenía como represalia una acción inmediata del otro. Así fue como Turquía fue arrastrada, principalmente por los atentados sufridos, pero también por la presión de Occidente, a involucrarse más de lleno en la lucha contra la organización terrorista.

Aunque no lo quisiera, desde el momento de tomar la decisión de comprometerse en la lucha contra el Estado Islámico, Turquía debió negociar con los Estados Unidos y la Coalición Internacional. Ambas partes conversaron sobre la necesidad de desempeñar acciones militares conjuntas en el norte de Siria, las cuales “faltered over Turkey insistence on the creation of a no-fly zone along its border and disagreements about the affiliation and availability of local forces” (Sloat, 2018: 11).

En este contexto es cuando también se produjo el derribo del *jet* ruso. Es importante mencionar esto porque de la tensión acaecida en la relación bilateral entre Turquía y Rusia se esclareció un hecho ciertamente invisibilizado pero sospechado. Putin manifestó que el móvil del ataque de la Fuerza Aérea turca fue para proteger las rutas de abastecimiento de petróleo procedentes del Estado Islámico. Esto puso aún más la lupa sobre la dudosa credibilidad de la lucha de Turquía contra la organización terrorista.

Sin embargo, un mayor y más decisivo involucramiento se produjo en el año 2016 luego de nuevos atentados y del golpe fallido. Para mostrar voluntad y fortaleza política, Erdogan lanzó la Operación Escudo del Éufrates, iniciada formalmente el 24 de agosto de 2016, un mes después de la intentona golpista y cuatro días luego del último atentado registrado hasta el momento. Desde entonces se mostró un mayor activismo por parte de Turquía logrado gracias a la recomposición del vínculo con Rusia.

La operación, articulada con el Ejército Libre Sirio, su *proxy* en Siria, tuvo como blanco principal al Estado Islámico. Claro está que la intervención en territorio sirio buscó secundariamente contener el avance de las milicias kurdas y así poder establecer una zona tapón libre de la doble amenaza que le suponían la milicia yihadista y las formaciones kurdas. En retrospectiva, con esta operación Turquía buscaba actuar integralmente para defender su interés en términos de seguridad nacional ante los desafíos que le planteaban el Estado Islámico y los kurdos a kilómetros de sus fronteras. Finalmente, el avance sobre Yrabulus y Al-Bab sedimentó la presencia turca en Siria.

Esas acciones más que nada reactivas hacia el Estado Islámico dan cuenta de la faceta contradictoria de la política exterior turca. Si en un primer momento del conflicto sirio, Ankara se había mostrado tolerante y pasiva con los grupos salafistas y yihadistas operando en el terreno, era porque tenía la intención de facilitar la caída de Al-Assad e igualmente impedir que los kurdos sirios y turcos articularan su lucha y se asentaran en una porción del territorio. Sin embargo, conforme al cambio de intereses producto del cambio del escenario regional, la política de Turquía hacia el Estado Islámico debió cambiar, mostrándose más activa en la lucha contra el terrorismo pero de modo forzado. En definitiva, el país se vio indefectiblemente arrastrado y enredado en una lucha que en un primer momento no la veía con buenos ojos, pero que supo instrumentalizarla en términos estratégicos, aprovechando la intervención militar para solventar su presencia en Siria y en la mesa de negociaciones de Astaná.

2.4 La verdadera línea roja

La cuestión kurda ha estado en un lugar importante en la agenda de los gobiernos del AKP desde su llegada al poder en 2003. Desde temprano se registraron

avances en materia de reconocimiento de derechos y libertades y también se fue gestando cierta apertura política hacia la comunidad kurda local. Bajo un enfoque neo-otomanista, el AKP se arrogó el papel histórico de resolver definitivamente esta cuestión, para mal de los sectores nacionalistas conservadores.

Empero, estas medidas democráticas y aperturistas tuvieron una aplicación corta, en la medida en que se observaba un contexto permisivo en lo interno y en lo externo. La evolución de los desafíos que debió atravesar Turquía, fundamentalmente a partir del año 2011, revirtió todos los avances registrados en los primeros años de gobierno del AKP. La regresión al autoritarismo y la degeneración de la perspectiva neo-otomanista, ahora regida por características agresivas e intolerantes –a diferencia de la pergeñada en los primeros años de vigencia plena de la Profundidad Estratégica–, condujo a un replanteamiento de las acciones hacia la comunidad kurda en el país. El autoritarismo del gobierno también estuvo dado por las nuevas relaciones políticas tejidas a nivel nacional, esta vez con el Partido de Acción Nacionalista (MHP), declaradamente halcón en la cuestión kurda. Este giro en la política hacia los kurdos imperó en el período posterior a la Primavera Árabe y se expresó igualmente en la política exterior.

Sin lugar a dudas, la rápida expansión de las posiciones de los kurdos fundamentalmente en Siria como consecuencia del desgobierno provocó grandes dolores de cabeza en Ankara. Este hecho motorizó a pulmón los esfuerzos de las autoridades turcas para evitar que los kurdos ganasen poder y materializasen sus deseos autonomistas e independentistas. No obstante, se debe rescatar que las acciones de Turquía difieren ya sea que se trate de los kurdos turcos y sirios o de los kurdos iraquíes.

La política hacia los kurdos turcos y sirios viene de la mano a causa de los fuertes vínculos de dos de las organizaciones kurdas más relevantes en los dos países, el PKK y el PYD, considerado este último el brazo del primero en Siria. La estrechez entre ambos grupos fue instrumentalizada tempranamente por Bashar Al-Assad como *proxy* contra Turquía en el momento en que el AKP comenzaba a exigir el cambio de régimen. Ciertamente, los líderes kurdos negaron este hecho, pero lo cierto es que en una primera etapa del conflicto sirio, las organizaciones kurdas se mostraron expectantes y pacientes, concentrando sus esfuerzos sobre todo en ocasionar tensiones en la frontera con Turquía. Pero ya en 2012 estaba claro cuál sería el camino a seguir:

“Ante la disyuntiva de unirse a una Coalición Nacional Siria –con una marcada agenda árabe e islamista y respaldada por Turquía– o seguir siendo fieles a Damasco con sus antecedentes represivos, los kurdos sirios han optado por declarar una autonomía de facto y gestionar su propia revolución” (Meseguer, 2013: 46).

A esto último cabe agregar que los kurdos sirios se vieron respaldados en todo momento por los kurdos turcos, mientras al interior de Turquía también desplegaban sus estrategias.

La autonomización de los kurdos en la caoscracia siria motivó las más enérgicas respuestas de Turquía que veía cómo sus avances territoriales devenían en potenciales amenazas a su seguridad nacional, temiendo una posible articulación entre territorios a los dos lados de las fronteras. Ante sus progresos en el norte de Siria, Turquía comenzó respondiendo a través del Ejército Libre Sirio, hacia octubre de 2012. Los combates tuvieron una corta duración puesto que en marzo de 2013 se pactó un cese al fuego entre el Estado turco y el PKK que debía servir como aliciente para las negociaciones de paz entre ambos. Luego de este entendimiento, los *proxies* de Turquía y el PKK en Siria –el Ejército Libre Sirio y el PYD/YPG– aunaron posiciones y dirigieron sus esfuerzos hacia el régimen de Damasco.

Sin embargo, la relativa relajación de las tensiones entre Turquía y los kurdos turcos y sirios tuvo su primera prueba de fuego con la proclamación del califato por parte del Estado Islámico y la expansión de éste sobre las localidades kurdas del norte de Siria. El asedio a Kobane probó la ambigüedad de Turquía en la lucha contra la milicia yihadista y demostró cuán poco interesado estaba en la prosperidad de los kurdos, pese a que Ankara permitió tardíamente el envío de ayuda médica y humanitaria y consintió en abrir sus fronteras a los *peshmerga* del norte de Irak. Tanto la relativa pasividad ante los sucesos de Kobane y luego los atentados hacia objetivos kurdos en Turquía fueron hechos suficientes para la ruptura del proceso de paz.

Este resurgimiento de las hostilidades se produjo en el contexto de la campaña electoral de 2015, donde el AKP experimentó un declive histórico, a contramano del crecimiento inédito de las formaciones pro-kurdas, específicamente del Partido Democrático de los Pueblos (HDP). No obstante, luego de las elecciones de junio, el AKP se las arregló para diseñar una estrategia incendiaria y represiva contra la comunidad kurda, lo cual le redundó, en el corto plazo, en importantes réditos políticos

internos. El cambio de clima motivó al AKP a repetir las elecciones en noviembre de 2015, resultando ganador y revirtiendo de este modo el colapso sufrido meses atrás. Desde entonces, Ankara usufructuó la cuestión kurda a nivel interno para edificar su política exterior hacia Siria.

En consecuencia, a mediados de 2015 Turquía emprendió una cruzada contra los kurdos a nivel interno y externo, por medio de sus propias fuerzas militares y de sus *proxies* en Siria. En el plano doméstico, operaciones militares de gran escala se emprendieron en las provincias del sudeste al tiempo que se incrementaba la represión interna contra el HDP, mientras que en el plano externo otras de igual magnitud se llevaron a cabo en el norte de Siria. La Operación Mártir Yalçın en julio de 2015 tuvo como blancos tanto al Estado Islámico como a las posiciones de los aliados del PKK en el norte sirio. La situación se complejizó aún más con la creación –autorizada por los Estados Unidos– de las Fuerzas Democráticas Sirias (SDF) en octubre de 2015, constituidas como alianza multiétnica y plurirreligiosa y con fuerte presencia de los grupos kurdos.

Otro momento fundamental en la política hacia los kurdos se produjo tras el golpe fallido en julio de 2016. Junto a la profundización de la persecución política, hubo un descontrol en los ánimos guerreristas en el seno de la sociedad turca. Una de las consecuencias de la intentona golpista fue el incremento de las posturas nacionalistas, lo cual provocó una fuerte militarización de la política exterior, tal como quedó plasmado en la Operación Escudo del Éufrates. Además del objetivo de combatir a las milicias yihadistas, la acción militar también tenía buscaba repeler y disuadir a los combatientes kurdos en el norte de Siria para crear una zona tapón con influencia turca desde la cual asentar su presencia en el territorio. Asimismo, las posiciones obtenidas tras esta operación previnieron la conexión de los cantones kurdos entre Yarabulus y Azaz y la consiguiente expansión territorial de Rojava.

Este recrudecimiento de la agresividad hacia los kurdos a partir del año 2016 sólo puede ser explicado en función del mejoramiento de relaciones con Rusia. Despejado el apoyo ruso, Turquía logró sostener y ahondar su belicismo hacia los kurdos. Si los kurdos querían administrar su propia revolución en Siria, Turquía quería hacer lo propio, gestionar su propia lucha en pos de defender sus intereses.

El entendimiento con Rusia e Irán que conllevó al proceso de Astaná sobre la crisis siria también tuvo su impacto en la política hacia los kurdos. La única condición que ponía Turquía sobre la mesa de negociaciones era aislar la cuestión kurda a un asunto de seguridad nacional, con lo cual se arrogaba el derecho de resolverla autónomamente, ignorando todo tipo de consenso. En el marco del proceso de Astaná, como se mencionó anteriormente, fueron establecidas cuatro *de-escalation zones*, una de las cuales se diseñó en la provincia de Idlib, situada en el noroeste de Siria y pegada a la frontera con Turquía. Pese a que Ankara respaldó este plan, igualmente lanzó una operación militar denominada Rama de Olivo el 20 de enero de 2018, con el objetivo de arrebatarse Afrin a los kurdos. Dos meses después, las Fuerzas Armadas turcas y el Ejército Libre Sirio se hicieron con el control total de la ciudad.

En cuanto a las relaciones con el Kurdistán iraquí, el enfoque era notoriamente distinto. A diferencia del militarismo emprendido contra los kurdos turcos y sirios, la relación con el GRK era ampliamente favorable para Ankara. En los tiempos de la aplicación de la política de “cero problemas”, Turquía construyó una suerte de relación triangular con Bagdad y Erbil –la capital del Kurdistán iraquí– sin decantarse por un bando u otro y manteniendo la cordialidad con ambos. El doble juego de Turquía se basó en el respeto y defensa de la integridad territorial de Irak y también en el reconocimiento del GRK como unidad federal.

El vínculo con Erbil no se rompió pese a la explosión de la Primavera Árabe y el incremento de las aspiraciones autonomistas de sus compatriotas kurdos en Siria, tal como quedó demostrado en la histórica reunión sostenida entre Erdogan y Barzani el 16 de noviembre de 2013 en la ciudad de Diyarbakir, uno de los principales centros kurdos de Turquía. Esta relación estratégica con el Kurdistán iraquí tenía un doble sentido estratégico: mantener encendida la preocupación acerca de la cuestión kurda y, a su vez, agudizar las diferencias entre el PKK/PYD y el GRK¹³. Tampoco fueron rotas las relaciones cuando los *peshmerga* prestaron apoyo a sus compatriotas en Siria en el combate contra el Estado Islámico.

¹³ Tal es así que hacia 2014, el ministro de Exteriores del GRK, Falah Mustafa Bakir, expresaba lo siguiente en torno a la proclamación del autogobierno kurdo en Rojava: “ha sido una decisión unilateral del PYD y, por lo tanto, la Administración no representa la voluntad de todos los kurdos de Rojava. La Administración proclamada no es como el Gobierno Regional del Kurdistán iraquí de 1991”. Asimismo, distanciándose de sus compatriotas en Siria, decía: “tenemos que tener mucho cuidado cuando hablamos de esta cuestión porque Turquía es otro Estado y, por lo tanto, no podemos intervenir en sus asuntos internos” (Bakir, 2014)

El combate contra la milicia yihadista en Irak fue también un asunto a seguir desde Ankara. Los avances de los kurdos iraquíes sobre las posiciones del Estado Islámico extendieron la presencia territorial del GRK en el país, hasta el punto de llegar a controlar Kirkuk y otras ciudades ricas en hidrocarburos. Como se mencionó anteriormente, esta transformación en la geopolítica iraquí modificó los cálculos de Barzani, viabilizando entonces la idea independentista. Ante esto, incluso antes de la victoria del sí en el referéndum de independencia del 25 de septiembre de 2017, Turquía había cortado temporariamente los lazos con el GRK como símbolo de desaprobación. Estaba claro que Ankara debía sostener indeclinablemente la integridad de Irak so pena de ver su propia integridad en peligro en el eventual caso de comunicación entre las comunidades kurdas de la región.

En definitiva, hay que mencionar el hecho de que la cuestión kurda como preocupación fundamental ha galvanizado la vinculación entre las esferas internas y externas de la política en Turquía. Las acciones hacia este pueblo representan cuál es el principal interés de Turquía, el cual ha sido el único que ha quedado invariable en este período y el que revela cierto continuismo con los modelos de política exterior aplicados con anterioridad a la llegada al poder del AKP. En la coyuntura de la complejización del conflicto sirio los intereses de Turquía se han ido modelando, pero lo que ha quedado claro es el tradicional temor al desmembramiento territorial:

“El riesgo de que una entidad kurda emerja a lo largo de su frontera ha desplazado las prioridades de Turquía de una política anti-Assad, que resultó ser insostenible a medida que Assad iba ganando terreno, a una política antikurda” (Sökmen *et al.*, 2018: 4).

Esta especie de línea roja ha sido siempre el límite infranqueable que han establecido las autoridades turcas para emprender un patrón de interacción con ellas, independientemente del grado de relevancia que haya adquirido en los avatares del conflicto. Pero más importante aún es que ha sido establecida con el fin de resguardar y mantener la vocación autonomista de su política exterior, coincidente con el status de *middle power*, con lo cual se le imponía a sus contrapartes una realidad inmodificable.

3. Los efectos

En este tercer capítulo se buscará analizar cuáles fueron los efectos de las múltiples acciones de política exterior emprendidas por la República de Turquía hacia los cuatro hechos destacados en este trabajo.

Un *middle power* como Turquía, además de contar con determinadas cualidades objetivas y subjetivas, debe tener la capacidad de influir en el sistema internacional y no únicamente ser influido por las dinámicas resultantes del mismo. Esto quiere decir que la política exterior de un actor de este calibre debe ser una política pública que aspire a consolidar una posición de poder y proyectar una imagen de liderazgo, en este caso en el medio regional e internacional. Teniendo en cuenta esta idea como base es que es necesario analizar la política exterior de Turquía, precisamente en el período 2011-2018. Con vistas a este objetivo, luego del estudio del contexto regional en el capítulo 1 y de las acciones emprendidas por Turquía hacia los principales hechos que sacudieron a la región del MENA en el capítulo 2, será pertinente analizar finalmente acerca de cuáles han sido las consecuencias o los efectos que se desprendieron de las estas últimas. Este análisis será fundamental para dimensionar si las políticas aplicadas han sido exitosas o, de lo contrario, infructuosas. A este fin, se analizarán los efectos que tales acciones provocaron en las principales relaciones bilaterales de Turquía y cómo los mismos contribuyeron a configurar la ubicación del país en el sistema internacional.

3.1 Los límites de la ambición

Las políticas de la República de Turquía hacia las revueltas propagadas a partir de diciembre de 2010 en Túnez y sus efectos correspondientes tuvieron grandes similitudes si se consideran todos los casos. Se apreció que desde un primer momento había imperado la mesura, la prudencia y la expectativa ante el desenvolvimiento de los hechos. No obstante, a medida que las protestas populares iban encendiendo a cada vez más sectores de las sociedades locales y los regímenes autoritarios vigentes comenzaban a resquebrajarse, las autoridades turcas percibieron la oportunidad histórica de hacer

surgir ante los ojos de los manifestantes y fuerzas políticas opositoras su propio modelo de país.

Por supuesto que una eventualidad como esa implicaba un dilema en la aplicación de la Profundidad Estratégica, puesto que “developing ever closer ties with the region mainly meant establishing closer relations with the regimes” (Altunisik, 2011: 2). No obstante, con el viraje teórico esgrimido por Davutoglu, de que Turquía debía estar del lado de los pueblos y con una vocación democrática, se creía que una vez cambiado los regímenes políticos el país estaría en condiciones de retomar coherentemente los principios de aquel corpus teórico. Esta fue la lectura realizada desde Ankara luego del giro dado a raíz del apoyo suministrado a las fuerzas de la oposición. En todo caso, la opción continuaba siendo mantener “cero problemas” pero ahora, en este caso, con los nuevos regímenes políticos democráticos que se esperaba que se instauraran.

Los logros obtenidos como consecuencia del sostenimiento de una política favorable al cambio de régimen en los escenarios vistos galvanizaron la autopercepción de Turquía como *center state*. Sin embargo, ante el deterioro de las condiciones que habían hecho posible el surgimiento de formaciones políticas democráticas, islamistas y contestatarias, la estrategia empleada por Turquía se vino a pique y los efectos de sus acciones iniciales arrojaron un retroceso en la imagen y posición país en el sistema regional e internacional.

En una primera fase, ante la creencia de que el cambio era inevitable, Turquía optó por jugar la carta de la democracia. Sin lugar a dudas, esto generó que, en momentos de convulsión de los regímenes autoritarios, el apoyo explícito que desde Ankara se le otorgaba a las fuerzas democráticas e islamistas generara serios resquemores en las estructuras de poder imperantes. Y más aún cuando los apoyos se direccionaban a los partidos y grupos vinculados a la Hermandad Musulmana. En otras palabras,

“el gobierno turco se presenta de cara a los árabes como una especie de ‘campeón suní’. En lo referente a la Primavera Árabe, Turquía se muestra como un país moderno, modelo de progreso y democracia para toda la región. Ofrece un sistema a emular tras las revueltas árabes, opuesto a regímenes dictatoriales (léase Egipto, Túnez o Libia) o tradicionalistas y

anacrónicos (como el de Arabia Saudí, que todavía pugna con los turcos por ser el líder de los suníes” (Labrado Calera, 2012: 4).

Junto a esto convivía otra dinámica que enfrentaba a Turquía con Irán en el complejo juego por la supremacía en la región ante la generalización de las protestas. Frente a los sucesos de la Primavera Árabe, el país persa los percibía y popularizaba como una forma de “despertar islámico”, usufructuando de este modo las revueltas populares. Pero también, por otro lado, se mantenía junto al régimen aliado de Bashar Al-Assad en su defensa a ultranza.

Las acciones de Ankara encaminadas a apuntalar los procesos de cambio en Túnez, Egipto, Libia y Siria principalmente redundaron en la agudización de la competencia por el liderazgo regional. El modelo turco de país, a diferencia de las contrapartes saudita e iraní, era más compatible y aplicable para las fuerzas políticas emergentes que buscaban destronar los autoritarismos vigentes.

“Contrary to Saudi Arabia and Iran, Turkey does not constitute its political relationship with Islam on strict theological patterns or supra-historical senses; rather uses a historico-political language of ‘justice’ and human rights in formulating its regional vision. Turkey’s advantage, on the one hand, is its ability to turn its experience into an applicable form that can be repeated in diverse temporal and spatial contexts” (Duran y Yilmaz, 2013: 154).

En este contexto competitivo, Turquía obtuvo bazas significativas al apoyar a los islamistas en los dos primeros escenarios de cambio, Túnez y Egipto. A través de múltiples acuerdos, Turquía mejoró su posición en la región de cara a los nuevos vientos que soplaban. La política de cooperación con los nuevos gobiernos estaba sustentada sobre un escenario de ganancias mutuas, en donde no sólo se beneficiaba el actor receptor de apoyo, sino también la propia Turquía en su afán de aparecer como el faro de referencia en la región del MENA para regocijo del neo-otomanismo.

Estaba claro que los principios de la Profundidad Estratégica bien podían ser aplicados en una coyuntura de transiciones democráticas, siempre y cuando fueran empleados ciertos reajustes. Como se mencionó anteriormente, la política de “cero problemas” ahora con los pueblos tenía la potencialidad de, una vez acaecidos los cambios, forjar relaciones más estrechas con los nuevos regímenes políticos. Además, el escenario era propicio para una mayor promoción de los recursos de *soft power* en lo

ateniente a la democracia y a otros recursos culturales. De la mano de esto iba intrínsecamente relacionado la *deseuritization* de la política exterior. En definitiva, el modelo turco instrumentado por el AKP de democracia, economía de mercado e Islam aparecía como el más seductor puesto que suponía una cierta ruptura con las estructuras de poder autoritarias.

Puertas para afuera de la región, la posición sostenida por Turquía ante la Primavera Árabe de algún modo la aproximó nuevamente a Occidente, más precisamente a la Unión Europea, en cuanto a que ambos compartían preocupaciones y diagnóstico. Ubicándose en contra de los regímenes autoritarios que se hallaban en la cuerda floja, Turquía buscó relucir su material democrático ante la región en particular y el mundo en general. Pese a esto, no se puede decir taxativamente que este punto en común haya redundado en un *upgrade* en las negociaciones para el ingreso de Turquía a la Unión Europea. En todo caso, desde Ankara se pretendía figurar ante las capitales europeas como aquel actor imprescindible en tiempos convulsos. Bajo esta consideración, es probable que los círculos gobernantes turcos interpretaran la coyuntura para viabilizar la idea de Turquía como *center state*, es decir, como aquel actor imprescindible, capaz de reconstruir el orden regional vigente por medio de la exportación de su modelo de país, según sus elementos y condiciones, de modo autónomo y liberado de constreñimientos externos.

Sin embargo, y como se dejó en claro en este trabajo, la transformación del contexto regional hacia un escenario más restrictivo para Turquía hizo aflorar los daños colaterales de aplicar una política pro-democrática. En definitiva, la evolución de los acontecimientos probaron que la Primavera Árabe, si bien fue un proceso que provocó cambios puntuales y que sacudió las estructuras de poder vigentes, no terminó siendo más que un espejismo democrático. La desestabilización política y territorial de los escenarios testigos del cambio repercutió negativamente en Turquía, que vio cómo sus ambiciones políticas se iban disolviendo y cómo iba quedando cada vez más relegado en la competencia por el liderazgo regional.

En los escenarios de Libia y Siria las autoridades turcas fueron viendo desde temprano cómo a través de sus acciones se iba dilapidando el capital político del país. En el caso libio, la prudencia ante la situación de Gadafi había sido nociva para la reputación turca en el seno de los manifestantes, quienes visibilizaron su desacuerdo

mediante la quema de banderas turcas y rechazos a la pasividad de Erdogan (Finkielsztovn, 2014). Se sabe que una vez aplicado el giro hacia la oposición, las autoridades turcas se propusieron tomar todas las medidas necesarias para evitar quedar pegadas a la caída del régimen, prestando su apoyo a la intervención de la OTAN y, asimismo, contribuyendo a la misma. Como consecuencia, el accionar de la organización atlántica y la muerte del dictador fueron hechos que generaron condiciones de desgobierno, lo cual, por tanto, amplificaron el desafío para Turquía. Por afinidad religiosa e ideológica, el apoyo a los islamistas se ubicó en la vereda contraria a las posiciones tomadas principalmente por Arabia Saudita. Lo que es importante aquí, y en los casos revolucionarios restantes en donde las fuerzas del Islam moderado se contraponían a elementos autoritarios y wahabistas, es la creación de dos ejes político-religiosos como el turco-qatarí y el saudita-emiratí, sostenes de los bandos correspondientes. La perpetuación de la inestabilidad en Libia probó que la postura adoptada por Ankara fue infructuosa, dado que los apoyos internacionales se dirigieron hacia los opositores de los islamistas, específica y más recientemente en el tiempo hacia el mariscal Khalifa Haftar.

Por otro lado, la política hacia Siria suponía ya de por sí un riesgo elevado. Cabe recordar que bajo la aplicación de la política de “cero problemas”, Turquía, que había recompuesto la relación con Siria, creía que, llegado el momento de las protestas, podía tener la suficiente influencia como para persuadir a Al-Assad de implementar las reformas necesarias y constituirse así como el árbitro de la situación. Pero, habiendo sobreestimado sus capacidades para ocupar dicho rol, al ubicarse junto a la oposición perdió toda influencia obtenida en el pasado, siendo reemplazada definitivamente por la de Irán y Rusia. Si la política de “cero problemas” había redundado el reforzamiento de la imagen de Turquía en Siria, los resultados de la decisión de ubicarse junto a las fuerzas de la oposición al régimen sirio arrojaron una inmediata regresión en todos aquellos avances políticos y económicos logrados. Además del empeoramiento lógico en la relación bilateral con Siria, las acciones implementadas exacerbaron la competencia estratégica con Irán, en un tenso pulso a través de los apoyos suministrados. Con la certeza de que Al-Assad caería gradualmente, Ankara no dudó en granjearse un nuevo adversario en Teherán. Además de esto, con el ahondamiento del conflicto sirio y su paso a las armas, los pasos dados por Turquía terminaron diagramando las principales relaciones con las potencias mundiales.

Cabe destacar que aquí, en esta sección, se menciona a Siria como un caso dentro del proceso de la Primavera Árabe solamente en cuanto a la presencia y masificación de las protestas populares de tendencias revolucionarias, esto es, por los intentos de precipitar la caída del régimen autoritario. Pero en fin, este proceso en Siria no resultó en cambios definitivos ni circunstanciales, sino en la profundización de un conflicto que hasta el día de la finalización de este trabajo no tiene una resolución definitiva. Por lo contrario, el régimen se mantiene inalterable en el poder.

Finalmente, hacia julio de 2013, el golpe de Estado producido en Egipto debilitó aún más su posición en la región del MENA. El declive de la Hermandad Musulmana sepultó definitivamente los proyectos de poder pergeñados desde Ankara luego de haber concentrado exclusivamente sus esfuerzos en sostenerlos. Habiendo sido torpedeado el rol del país como agente de la democratización, la implacable contrarrevolución en el país de los faraones ejemplificó en última instancia los vanos esfuerzos hechos por Turquía en el apuntalamiento de la experiencia democrática, ya debilitados una vez que se percibió que la Primavera Árabe no había sido más que una ilusión. La condena inmediata al golpe militar no hizo más que aislar al país euroasiático en la región y ciertamente en el medio internacional debido a que ningún otro Estado había sido tan tajante al respecto, ni siquiera las principales capitales europeas a excepción de Berlín¹⁴. Gracias a esto se produjo un profundo deterioro en la relación bilateral, si se la toma comparativamente con el período anterior. Ante esta situación, el respaldo al golpe proporcionado por Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos supuso un golpe letal a los intereses y las inversiones que Turquía tenía en el país. En este caso, el eje liderado por Riad se apuntaba un tanto clave.

Analizados cronológicamente los escenarios que afectaron en mayor grado a Turquía, se pueden rescatar finalmente algunas conclusiones de cómo repercutió la Primavera Árabe en Turquía. En primer lugar, con el repliegue de los islamistas y la regresión autoritaria –a excepción de Túnez– se vio una imposibilidad en el mantenimiento de una estrategia centrada en el *soft power*. Por eso se produjo el retroceso de sus posiciones en la región, viéndose afectadas sus inversiones y el nivel de

¹⁴ Para un breve compendio de las reacciones internacionales al golpe, léase: El golpe de Estado en Egipto provoca reacciones internacionales encontradas (2013). Disponible en línea: https://www.infolibre.es/noticias/mundo/2013/07/04/el_golpe_estado_egipto_provoca_reacciones_internacionales_encontradas_5490_1022.html

intercambio con los países que sufrieron los cambios y con los del Golfo –a excepción de Qatar–. En detrimento se asistió al avance de otros actores como Arabia Saudita e Irán, lo cual la relegó en la competencia geopolítica. Para recuperar cierta influencia, debió reemplazar su enfoque pro-democrático que la había dejado aislada por una política más guerrerista que la ayudara a recuperar el terreno perdido. Uno de estos casos en la esfera externa se observó en el conflicto sirio.

Pero en esta dirección puede esbozarse una segunda conclusión observando la situación interna del país. Los efectos de este cambio de estrategia reflejaron una paulatina deriva autoritaria por parte del gobierno del AKP, tal como quedó atestiguado en la represión hacia las protestas en contra de la urbanización del parque Taksim Gezi en junio de 2013 inmediatamente luego del golpe en Egipto y en la persecución a sectores políticos opositores y kurdos. Finalmente, el aumento de la violencia y la ejecución de prácticas que socavaban el Estado de Derecho contribuyeron a que las credenciales democráticas presentadas por el país y su credibilidad como actor responsable se devaluaran internacionalmente (Özel y Özkan, 2015).

Por último, se puede arribar a una tercera conclusión diciendo que la Primavera Árabe probó los límites de una política de poder sustentada en los pilares de la democracia y el islamismo moderado en una región tan expuesta a los embates del sectarismo y el autoritarismo político como lo es la del MENA. En consecuencia, uno de los factores que habilitó este proceso esperanzador de cambio no fue otro que el recrudecimiento de la enemistad sectaria y política entre Arabia Saudita e Irán que harían complicar los planes de Turquía. En este contexto, quedó claro cuál era el principal límite: “in the Iranian and Saudi models, the theo-political struggle that places religion at the centre of their quest for religious influence is the most serious challenge that Turkey will face” (Durak y Yilmaz, 2013: 155).

3.2 Todos los caminos conducen al eje ruso-iraní

He aquí la profundización de la crisis en la política exterior turca. Para ejemplificar esto se debe dejar constancia de lo siguiente:

“Ankara’s wise policies of earlier years such as remaining above sectarianism, not intervening in domestic affairs of neighbours, calibrating the language of foreign policy with care and having regard for others’ interests were precipitously dropped. Nowhere was this deterioration of patience more visible than in Syria (...) Acting in concert with oppressive regimes like Saudi Arabia and Qatar, though, seriously undermined Ankara’s own claim to be the agent of democratisation in Syria” (Özel y Özkan, 2015: 5).

A esto podría agregarse que la inacción –en una primera instancia– ante los elementos terroristas y yihadistas y la agresividad contra los kurdos probaron la falta de credibilidad de Turquía en cuanto a su capacidad de erigirse en referencia democrática. Las vicisitudes del conflicto sirio, es decir, el paso a una doble guerra civil y *proxy war* y los desprendimientos subsecuentes, tales como la irrupción del Estado Islámico y la creciente autonomización de los kurdos, causaron tales estragos en la definición de la política exterior turca que las autoridades que delineaban la política exterior del país debieron ajustar constantemente sus opciones para evitar que el país cayera en una trinchera. En este apartado se podrá interpretar que, tras una primera aproximación al conflicto, el cual redundó en el aislamiento internacional al granjearse problemas con todos, se pasó a un enfoque liderado por el pragmatismo mediante el establecimiento de alianzas líquidas con actores que otrora eran sus adversarios, líquidos también por cierto. El giro dado desde Ankara se produjo luego de la infructuosa política hacia Siria y sus consecuencias.

A lo largo de estos dos períodos, la política exterior turca ha sido examinada minuciosamente por actores internos y externos, lo cual significa no obstante la importancia de este actor en el sistema regional. A las capacidades objetivas y subjetivas de poder, aquí se agrega que para ser considerado un *middle power* es necesario que el entorno así lo interprete, que haya un reconocimiento externo –por fuera de la autopercepción de los líderes– a esa importancia, y eso se examina en base a lo que se espera que haga el actor en determinadas ocasiones y hacia determinadas problemáticas. Turquía fue ese actor al que todos miraban en momentos de convulsión, independientemente de los resultados inmediatos de sus acciones, es decir, si hayan sido exitosas o no. Esto evidencia que un *middle power* no necesariamente emplea una política exitosa, sino que puede hacerlo en dirección contraria y mantener su status en tanto y en cuanto cuente con las capacidades de poder pertinentes.

Un dato más que queda atestiguado a lo largo y ancho del conflicto sirio es la vocación autonomista de la política exterior de Turquía, también coincidente con la condición de *middle power*. El tema aquí estriba en que esta autonomía observada desde Ankara no siempre redundó en una mejor posición para el país en la región y en el medio internacional. Los cambios aplicados sobre la marcha continuaron evidenciando una actitud autonomista, puesto que optó la liquidez por sobre lo sólido en materia de alianzas, mientras que nunca cortó los canales de comunicación con aquellos de carácter tradicionales. Y finalmente, para agregar, la autonomía quedó firmemente asentada al arrogarse un nicho individual de acción, los kurdos, el interés principal en términos de seguridad nacional.

Dado estos puntos, se debe comenzar por un primer período que la tiene a Turquía aplicado una política autonomista pero no consensuada. Sobre esta idea, todos los intentos de derribar a Al-Assad, ya fuera por vías diplomáticas o militares, han dado cuenta de la frontalidad esbozada por el gobierno del AKP, lo cual evidentemente significaba la sepultura del símbolo de la política de “cero problemas”. En adición, el compromiso con el cambio de régimen, cortejando a la oposición democrática en su suelo y contribuyendo al establecimiento de grupos armados, condujo a la extrema crispación en la relación bilateral turco-siria al producirse choques fronterizos entre sus fuerzas. Una política como ésta se prefirió en los comienzos puesto que se venía empleando una retórica democrática y emancipadora, claramente incompatible con la violencia empleada por el régimen y sus aliados. Aunque no obstante, siempre quedó en la nebulosa las cartas de apoyo de dudosa identidad que Turquía escondía bajo la manga. Este manto de sospecha sobre sus *proxies* en el terreno, una vez pasado el conflicto a la fase armada, ha constituido el doble *standard* del país euroasiático en el escenario sirio.

Como fuera, públicamente, desde un principio Turquía mantuvo a través de sus acciones una posición similar a la sostenida por los principales actores suníes de la región como Arabia Saudita y Qatar y a las de las capitales occidentales, tanto en el entrenamiento y armamiento a los grupos armados de diversas extracciones como en la crítica y rechazo a Al-Assad. Pero, a la vez, se insuflaba el pulso con Irán y con Rusia y agrietaba la relación con Irak, quienes eran de los principales respaldos internacionales del régimen de Damasco.

Con respecto a este último punto, cabe mencionar que la rigidez de la política de cambio de régimen irremediablemente exacerbaba la competencia con Irán, lastrando otro de los pilares de los “cero problemas”¹⁵, y complejizaba la relación con Rusia. Indudablemente, los intereses sostenidos por Turquía, por un lado, y por Irán y Rusia, por el otro, impedían que se produjera un mínimo entendimiento. Sobre todo porque el compromiso de Teherán y Moscú en otorgar el sostenimiento al régimen de Damasco era crucial para sus intereses estratégicos en términos de poder. Mientras Irán estaba inmerso en plena guerra fría con Arabia Saudita –a través del uso de *proxies*–, Rusia desafiaba la presencia e influencia de Estados Unidos y Europa en la región. Ante esto, la inflexibilidad de la política turca hacia Siria no hacía más que agudizar las tensiones con estos dos actores.

Además del deterioro ya relatado en la relación bilateral con Irán como consecuencia de los apoyos cruzados, en otro orden de cosas, las tensiones con Rusia se incrementaron notablemente tras el derribo del *jet* ruso. Como represalia, lejos estuvo Rusia de emplear acciones militares; en cambio, aplicó una política de sanciones hacia las áreas del turismo y otros sectores estratégicos y modificó su estrategia hacia las facciones kurdas.

Sumado a las tensiones con estos dos últimos actores, la crisis siria y el manejo por parte de los decisores políticos también generó una cuña importante en la relación de Turquía con la Unión Europea. Ante la crisis de los refugiados, Ankara y Bruselas llegaron a un acuerdo técnico que, lejos de significar un entendimiento, fue el elemento que sacó a la luz todos los sentimientos que ambos tenían guardados para con el otro. Estableciendo cierta vinculación de cuestiones, Turquía utilizó y estiró como si fuera un chicle el acuerdo para obtener bazas en otras áreas, desde un aumento en el financiamiento determinado hasta avances concretos en las negociaciones para el ingreso en el bloque. No cabe duda que Erdogan ha utilizado este acuerdo como un ancla para presionar a Europa, llegado el punto de amenazar con abrir el grifo e inundar de refugiados el continente. Pero más allá de la retórica explosiva y de las respuestas

¹⁵ Bajo el imperio de la Doctrina de la Profundidad Estratégica, hubo una mejora relativa en la relación bilateral turco-iraní, registrándose avances en materia energética, tanto en lo que respecta a la compra y al transporte por suelo turco del gas natural iraní como en el desarrollo de los yacimientos hidrocarbúricos iraníes por parte de compañías turcas. Por otro lado, aprovechando la buena relación personal entre Erdogan y Ahmadinejad, Turquía –junto a Brasil– ejerció de mediador entre Estados Unidos e Irán acerca del programa nuclear iraní. No obstante, Turquía siempre ha tenido claro en evitar que Irán aumentara su influencia en la región (Altunisik, 2011: 425).

europas en igual sentido, simboliza un canal de comunicación y cooperación inevitable que los ata irremediabilmente.

La doble guerra desatada en Siria contó igualmente con otros dos actores no estatales que descolocaron a las autoridades turcas y las obligaron a girar 180 grados, el Estado Islámico y los kurdos. Las acciones de Turquía hacia ellos, a medida que iban ganando posiciones sobre el terreno, modificaron en última instancia el enfoque hacia el régimen de Damasco, ponderando en primer lugar los asuntos de seguridad nacional y relegando la cuestión del cambio de régimen. Esta reconfiguración de la política exterior traía aparejada el “reconocimiento implícito de los errores de cálculos cometidos desde 2011, entre ellos que el régimen de Bashar Al-Assad se desmoronaría como un castillo de naipes” (Álvarez-Ossorio, 2017: 174).

A partir de la consideración de estos hechos y del fallido golpe de Estado en Turquía, las autoridades turcas materializaron este cambio en su política. El período que se abrió a partir del acercamiento a Irán y Rusia ha tenido a Turquía aplicando una política autonomista pero consensuada, es decir, resguardando sus intereses estratégicos pero con una mayor coordinación con ambos. Esta nueva estrategia trajo no sólo la normalización de las relaciones, sino un notorio mejoramiento que se vio coronado finalmente en las negociaciones tripartitas de Astaná y en las cumbres de Sochi. Este nuevo clima también le permitió a Turquía obtener significativas ganancias materiales en términos estratégicos, energéticos y financieros. No obstante, el camino no estuvo exento de obstáculos.

Debe recordarse que la recomposición del vínculo con Rusia luego de las disculpas públicas de Erdogan dejó en *offside* todo lo hecho por Ankara desde los albores de la guerra en Siria. Sea como fuere, Turquía necesitaba esto para que resultasen eliminadas las sanciones impuestas tras el derribo del *jet* y, principalmente, para mejorar sus opciones en el terreno. Con Irán lo que se buscaba era también un mutuo entendimiento que neutralizara el juego de suma cero que se venía desatando desde el 2011.

Estos nuevos lazos entre Turquía y sus dos contrapartes se pueden analizar acudiendo al concepto de alianzas líquidas. Antes que nada, es pertinente mencionar que la volatilidad e inestabilidad regional es capaz de crear una situación de permanente

urgencia para los actores, en donde las amenazas y los desafíos están siempre latentes. A su vez, estas condiciones inducen a los actores a establecer patrones de interacción sustentados en algunos pocos puntos en común más que en una cosmovisión compartida. La razón de la liquidez en este tipo de vínculos estriba en que en una región como la del MENA, los intereses son constantemente resignificados en función de la coyuntura. La inmediatez en las respuestas obligan a los actores a incurrir en este tipo de relaciones.

Lo interesante a partir de este nuevo período de la política exterior de Turquía es la vinculación de cuestiones que llevó adelante con el fin de resguardar sus intereses y promover su imagen y rehacer su posición en el sistema regional e internacional. Es decir, a partir de 2016, se vio cómo Turquía relegó de su agenda el cambio de régimen y propugnó la lucha contra el Estado Islámico y los kurdos. De este modo, la decisión de dejar de presionar incesantemente a Al-Assad desbloqueó la relación con Rusia y con Irán y permitió que, circunstancialmente, fueran forjadas con ambos alianzas de tipo líquidas. En este sentido, mediante esta vinculación, Turquía fue habilitada a intervenir militarmente en suelo sirio contra el Estado Islámico y los kurdos, mientras que prestaba su tolerancia a la expansión del control gubernamental sobre los principales centros urbanos.

Dicho esto, la relación turco-rusa a partir del 2016 se enmarca en este tipo particular de alianzas. Claro está que

“la reconciliación se produjo desde una posición de fuerza por parte de Moscú. Turquía se sentía amenazada y veía cómo sus aliados en Siria retrocedían. Se trataba de salvar lo esencial y garantizarse, sino el apoyo, la neutralidad de Rusia si intervenía en el norte de Siria para frenar el avance kurdo” (Soler i Lecha, 2017: 154).

Hay que mencionar que Rusia también estaba interesada en atraer a Turquía a su bando. Exacerbada la competencia con Occidente, Putin percibía que ganarse a Turquía como socio desde una posición de superioridad le permitiría obtener un doble objetivo: acumular mayor legitimidad como árbitro definitivo de la guerra siria y lesionar desde dentro a la OTAN. Con respecto a esta última consideración, por fuera del escenario sirio el haberse subido al carro de Moscú le permitió a Turquía contar con una nueva fuente de armamento. La adquisición del sistema de defensa antiaérea ruso S-400 ha sido el símbolo de esta nueva era entre ambos actores, hecho que a su vez afectó

profundamente las relaciones de Turquía con los Estados Unidos en el seno de la OTAN, al punto de que este último comenzó a someter el suministro y la fabricación de los aviones de combate F-35 a la condición de que Ankara desistiese de la operación con Rusia. Los recelos de Estados Unidos se circunscribían a que los rusos pudieran acceder a información sensible de la OTAN y que lograsen estacionar sus sistemas armamentísticos en el país que representa el flanco sur de la organización y que cuenta con el segundo ejército más numeroso dentro de la misma. Con esto, Turquía buscaba hacer gala de su autonomía al acercarse a Rusia pero sin romper con la Alianza Atlántica. Estableciendo una especie de relación triangular, Turquía se sometía al mejor postor. Y según su percepción global, creía que quien más podía darle en términos de recursos no era otro sino Rusia, aunque esto conllevará un riesgo mayor al profundizar su dependencia.

Como se verá en el apartado 3.4, la alienación con Occidente también fue consecuencia de las operaciones militares emprendidas contra el pueblo kurdo. Pero en el caso que respecta aquí, la suavización de la retórica contra Al-Assad ya era un símbolo del desgaste de la relación de Turquía con sus aliados tradicionales y también simbolizaba en su máxima expresión el error de cálculo de no sólo haber pensado que el régimen caería pronto, sino en el hecho de haber confiado en que la intervención de Occidente agudizaría su caída.

La transformación de los intereses de Turquía en Siria tornó posible el marco de negociación de Astaná sobre la pacificación del conflicto sirio. Sin dejar de rechazar la violencia empleada por el régimen de Damasco, Turquía lo consideró como un actor a tener en cuenta para el futuro del país. Esta flexibilidad de Turquía terminó siendo una cesión como consecuencia de su mala lectura, pero a cambio ganó que la cuestión kurda quedase relativamente al margen. Con las negociaciones de Astaná, Turquía, Rusia e Irán lograron imponer un nuevo canal negociador, suplantando los canales de Viena y Ginebra. Bien podría decirse que ambos Estados han constituido

“inesperada, compleja y frágil alianza en Siria. Sus posiciones en asuntos claves como la continuidad de Bashar Al-Assad, la integridad territorial del país, el papel de otros actores locales y regionales o el reparto de los contratos de reconstrucción, o bien difieren o bien son ambiguos en su coincidencia” (Sökmen *et al.* 2018: 1).

3.3 De paria a socio

La pasividad ante el Estado Islámico fue determinante para la deconstrucción de la imagen internacional de Turquía. Esto por múltiples motivos: la tolerancia hacia el grupo en su gestación y el reclutamiento, la falta de respuestas rápidas ante su ascenso en la región, el financiamiento oculto y la tibieza mostrada en el asedio a Kobane probaron que Turquía no tenía necesidad alguna en desarticular al grupo yihadista puesto que le proporcionaba ciertas ventajas sobre el terreno. En la génesis de su desarrollo, las autoridades turcas fueron tanteando la relación de fuerzas entre el Estado Islámico y las facciones kurdas y determinando el momento propicio para ingresar a la acción en defensa de sus intereses.

Con la consolidación de la organización terrorista en el territorio, Turquía se mostró a una velocidad más lenta que la del resto del mundo que reaccionó con mayor premura. La diferencia de tiempos puede explicarse en base a la percepción de amenaza que el grupo conllevaba, las cuales eran altas para los intereses y para la seguridad de las potencias mundiales, nocivas para los Estados de la región del MENA pero inofensivas según los cálculos hechos desde Ankara. Esta configuración de las amenazas llevó a que

“during this period, Turkey’s international allies began to revise their policy of supporting the opposition in Syria. For instance, in December 2013 the US and the UK suspended ‘non-lethal’ support for rebels in northern Syria. Thus, Turkey became increasingly alone in its insistence on supporting the opposition” (Altunisik, 2016: 43).

Por este motivo es que Turquía no consideraba urgente revisar su política ya que no identificaba al Estado Islámico una amenaza directa para sus intereses, en detrimento de otras que eran más urgentes de ser abordadas. Indudablemente, esta política de desinterés hacia el grupo iba en la dirección contraria a los esfuerzos depositados en el cambio de régimen y en monitorear las posiciones y decisiones de los kurdos. Sobre este último punto, debe resaltarse que la política de Turquía hacia el Estado Islámico tras su irrupción se construyó sobre un óleo más amplio que mostraba la reversión democrática del país. Ignorando las críticas que venían desde todas las direcciones geográficas, las autoridades turcas se vieron ante una situación de emergencia que ya no podían controlar, y en ese sentido vieron al Estado Islámico un aliado tácito que podía tanto deshacer los avances de los kurdos como lastrar el poderío de las fuerzas de

Damasco. Una no estrategia como ésta terminó alienando al país del sistema internacional.

Si en 2013 Occidente había comenzado a reaccionar, un año después ya estaba establecida la cruzada contra el grupo yihadista. Tras la proclamación del califato en 2014, mientras Turquía se mantenía en la misma línea, sus aliados tradicionales iban confluyendo en la Coalición Internacional contra el Estado Islámico.

“These developments further undermined Turkey’s policies in Syria. Turkey’s reluctance to participate in the anti-ISIL coalition at the beginning and slowness to control its border led to criticism from the anti-ISIL coalition countries. Instead, Turkey continued to support Arab and Turkmen anti-Assad opposition groups, now deemed by many as part of the radical Islamist scene in Syria” (*Ibid.*)

El comportamiento pasivo frente la expansión territorial del Estado Islámico también causó el fortalecimiento de las milicias kurdas en Siria, siendo éstas grandes aliados para Occidente en el combate contra la organización terrorista. Proporcionalmente a la pérdida de influencia en la toma de decisiones internacional acerca del conflicto sirio fue aumentando la de los kurdos en lo referente a la lucha y estrategia. El descuido de Ankara, cuyo símbolo máximo fueron los sucesos de Kobane, engendró una amenaza más apremiante relacionada a la cuestión de la integridad territorial y potencialmente más eficaz debido a la aceptación y ayuda internacional que recibieron los kurdos.

Pero cuando el aislamiento internacional comenzaba a ser intolerable para Ankara, cuando sus enemigos y rivales se fortalecían a costa de la radicalización del conflicto, se tomó la decisión de intervenir con mayor explicitud contra las posiciones del grupo terrorista. En relación a esto, se especulaba con que “a stronger stance towards ISIS is needed in order to reduce PYD influence” (D’Alema, 2017; 13). De todos modos, con la experiencia fresca de haber sido indiferente y cuanto menos cómplice en la formación de los grupos yihadistas operando en Siria, puede decirse que la opción de luchar contra el Estado Islámico en particular aumentó su grado de vulnerabilidad externa (Sloat, 2018). Esto es, ante la demostración de fuerza del gobierno del AKP la organización terrorista no sólo respondió con su tradicional retórica amenazante, sino que efectivamente cometió varios atentados sobre suelo turco.

Es importante señalar que el precio que tuvo que pagar Turquía, hablando metafóricamente, para reponer ciertamente su imagen internacional y quedar en sintonía con la comunidad fue esta serie de atentados que conllevaron una alta cantidad de víctimas. A partir de esto, el gobierno turco adoptó un enfoque más guerrerista contra la organización terrorista, efectuando bombardeos a sus posiciones en Siria, abriendo la base de Incirlik a las fuerzas de la Coalición Internacional y aunando posiciones con los miembros de ésta, pero siempre puso esta lucha en el mismo peldaño que la desatada contra el PKK y sus grupos aliados tras el recrudecimiento de las hostilidades en el año 2015. De todos modos, habiendo reconocido los errores de cálculos con respecto a la vigencia de Al-Assad, de los peligros que conllevaba la complicidad con el Estado Islámico y de pensar que los kurdos no devendrían en una fuerza importante, desde Ankara se delineó una política bifronte: lucha contra el Estado Islámico y contra los kurdos de Rojava por igual.

Pero con anterioridad a las operaciones militares del período 2016 y 2018, como se mencionó repetidamente, Turquía debió arreglar primero la relación con sus otrora adversarios: Rusia e Irán. La restauración del vínculo con estos dos actores habilitó a Turquía a encauzar igualmente su acción hacia las amenazas yihadista y kurda. Debe quedar claro eso porque solamente de esta manera pudo el país euroasiático imponer sus condiciones relativas. Así, sus nuevos socios le permitieron a Turquía lanzar primero la Operación Escudo del Éufrates pero con previa consulta. De la mano de esta acción,

“Turkey entered Syria in support of the FSA (*Ejército Libre Sirio*) as a ‘third force’ that is separate from the Kurdish socialist PYD supported by the US, and the Assad regime that is supported by Russia and Iran. Unlike regime change in Damascus, which was an ambitious and idealistic goal, Operation Euphrates Shield is a very limited operation that is proportionate to Turkey’s material capabilities. This operation is also consistent with Turkey’s insistence on establishing safe zones in northern Syria” (Aktürk, 2017: 94).

Gracias a los logros que implicaron dicha operación militar, Turquía consiguió expulsar a los combatientes del Estado Islámico de sus bastiones en el norte de Siria, entre los cuales se cuenta la ciudad fronteriza de Yarabulus sobre la cual ideó una experiencia de gobierno. En definitiva, la estrategia aquí no era más que un proyecto de poder que entrañaba el triple objetivo de aumentar su influencia en el devenir de los asuntos del país, expulsar a los terroristas de la frontera y así reforzar sus defensas y contener la expansión territorial de los kurdos del PYD/YPG. Como competencia

directa de Rojava, las autoridades turcas se encaminaron en Yarabulus hacia la reconstrucción de la ciudad, la seguridad de la misma, la satisfacción de las necesidades básicas y la provisión de servicios públicos. Esta experiencia de gobierno también le permitió a Turquía descargar su territorio de refugiados sirios, a los que acogieron en su feudo de Siria (Haid, 2017).

La efectiva presencia de las fuerzas turcas en territorio extranjero se infiltró originariamente bajo el paraguas del combate contra el Estado Islámico, aunque, como se abordará luego, el verdadero objetivo era la contención a las milicias kurdas. Las acciones en conjunto con la Coalición Internacional liderada por los Estados Unidos y, principalmente, aquellas consensuadas con los sostenedores principales de Al-Assad hicieron que Turquía recuperara en cierto punto el terreno perdido desde las protestas de 2011. En definitiva, la única política posible que le permitió a Turquía ingresar en Siria, recobrar su imagen internacional y así recuperar la influencia desgastada fue de la mano de este entendimiento tripartito. Lo llamativo aquí es que las autoridades turcas no consideraron como decisoria la opinión de sus aliados tradicionales como Estados Unidos, ya que sus políticas sobre Siria diferían no en cuánto a diagnóstico, sino en cuanto a la cura a aplicar.

Sea como fuere, en vistas a una resolución acorde a sus intereses, Turquía estaba interesada en alcanzar la “paz cuanto antes, pero no a cualquier precio” (Sökmen *et al.*, 2018: 1). En contraste, el precio a pagar era la relajación de su posición en cuanto al futuro del Al-Assad y la relativa tolerancia y aceptación del PYD por parte de Rusia, hecho que cobró visibilidad a partir del derribo del *jet*. Esto ejemplifica bien a las claras que la vinculación de cuestiones en un conflicto multidimensional como el sirio es el elemento que verdaderamente impera.

3.4 La deriva bélica y autoritaria

Las acciones de Turquía hacia los kurdos han sellado la suerte del país en el sistema internacional y han contribuido a forjar su imagen en el medio externo. En los primeros años de gobierno, el abordaje del AKP hacia la cuestión kurda modeló un retrato favorable para el país sustentado en la voluntad de alcanzar un entendimiento

plural y democrático, a diferencia del contraído por los gobiernos precedentes. Esto le permitió al país sumar adherentes europeos aunque, en lo referente al ingreso a la Unión Europea, no fue suficiente, pues Sarkozy en Francia y Merkel en Alemania eran los máximos detractores respecto a la integración turca en el bloque europeo.

Ciertamente, una política conciliadora y más benévola hacia los kurdos también le permitió al gobierno por aquéllos años soñar con una estrategia de grandeza, a la caza del liderazgo regional. Para decirlo de otro modo, la relajación de las hostilidades con el PKK era crucial si el país quería surgir ante los Estados y sociedades de la región como un actor democrático. Semejante fueron las reformas aperturistas e integradoras a la comunidad kurda en comparación con el período kemalista (1923-2003) que hacia el año 2011 la guerrilla kurda se hallaba en estado de hibernación y los canales de comunicación entre su líder, Abdullah Öcalan, y el gobierno turco se mantenían abiertos (Altunisik, 2011).

Mencionar muy a grandes rasgos los efectos de esta política de tinte democrático basada en un neo-otomanismo paternalista sirve para entender cómo la posterior degradación del tratamiento de la cuestión kurda fue lastrando la ubicación de Turquía en el sistema internacional y cómo se vieron afectados los principales vínculos bilaterales del país, especialmente con los Estados Unidos y Rusia. Mientras tanto, en el plano doméstico, este cambio hacia posiciones nacionalistas y conservadoras profundizó la deriva autoritaria del gobierno del AKP y desacreditó aún más las credenciales democráticas del país. Adicionalmente, la mayor agresividad mostrada por Ankara hacia las comunidades kurdas en Turquía y en Siria estuvo lejos de redundar en éxitos, sino todo lo contrario: en medio de la lucha contra el terrorismo de Damasco y del Estado Islámico, los kurdos probaron ser el actor más tolerable por la comunidad internacional. Este tiro por la culata obligó a las autoridades turcas a rever sus decisiones, que lejos de suavizar su retórica hacia los kurdos, la amplificaron pero esta vez amparándose en la alianza líquida con Rusia e Irán. Ante este escenario, Turquía obtuvo mayores beneficios, pero no los suficientes puesto que las milicias kurdas todavía cuentan con poder de fuego y apoyo occidental.

Hecho este panorama inicial, es oportuno ahora analizar en mayor detalle cuáles fueron los efectos principales de estas políticas de conciliación primero y de guerra después.

Tras una repentina escalada del conflicto hacia 2012 y 2013 luego de la opción tomada por los kurdos de emprender su propia revolución, el Estado turco alcanzó un cese al fuego con el PKK. Esta decisión liberó a Turquía de llevar la doble carga de lidiar con Al-Assad y los kurdos. Así, con esta pausa en las hostilidades Turquía logró encauzar todos sus esfuerzos en el cambio de régimen, logrando ser establecido un canal de comunicación entre ambas partes hacia tal objetivo. De igual modo, esto habilitó el comienzo de un proceso de negociaciones entre el Estado turco y el PKK para ponerle fin al conflicto heredado desde 1984. En principio, esta política de conciliación debió apuntar a la resolución definitiva de la llamada cuestión kurda, aunque, sin embargo, no fue más que un oasis en el desierto puesto que el proceso estaba supeditado también a los avatares de la política doméstica.

Además del factor de la política interna, la presencia del Estado Islámico constituyó otro elemento que repercutiría en las negociaciones de paz. La inacción ante los sucesos de Kobane confirmó lo que ya se venía sintiendo en los albores de la crisis: “un gran atentado en Turquía, una matanza en Kobane o un distanciamiento entre liderazgo político y militar podrían ser un torpedo en la línea de flotación del proceso de paz” (Soler i Lecha, 2014: 40). Efectivamente, la prolongación del sitio a la ciudad y el atentado de Suruç minaron las conversaciones.

A partir de aquí es donde se asistió a una espiralización drástica de la violencia entre el PKK y sus brazos en Siria y el Estado turco, cuyas acciones, como se vieron, se centraron en la profundización de la represión interna y en un mayor belicismo en el área de la política exterior. Mientras que por parte del PKK, aumentó eficazmente su estrategia de golpear activos militares turcos en el país, causando sensibles bajas en las fuerzas de seguridad.

En suma, hacia 2015 la agresividad de la política exterior turca no redundó en ningún beneficio significativo. En la guerra civil siria, más específicamente en la cuestión referida al futuro del Al-Assad, el sostenimiento del cambio de régimen le granjeó dos nuevos rivales, Rusia e Irán. En lo atinente a la lucha contra el Estado Islámico, la pasividad fue más fuerte que el posterior activismo forzado, en tanto no fue suficiente para librarse de esa imagen de complicidad con la organización terrorista. Y en lo que respecta a los kurdos, el haber establecido esta cuestión como línea roja innegociable en el mismo período de la obtención de los mencionados fracasos, la

agresividad fue fatal. Vinculando cuestiones, la falta de credibilidad de Turquía, producto de una política autónoma errática, contribuyó a realzar el valor absoluto de los kurdos en la lucha contra el terrorismo y en el desgate de las posiciones gubernamentales en el norte del país. De este modo, como consecuencia del recrudecimiento de las hostilidades, la política belicista aplicada por las autoridades turcas obtuvo el resultado contrario: el fortalecimiento regional e internacional de los kurdos.

El haber subestimado las capacidades militares de las facciones kurdas y sobreestimado las propias, ni siquiera le permitió a Turquía anticiparse a los apoyos que aquellas recibieron en el fragor de la lucha contra el Estado Islámico, apoyos de carácter explícito provenientes de Estados Unidos y su coalición, e implícito proveniente de Rusia.

Con respecto a la relación con este último actor, hay que sacar a relucir nuevamente el derribo del *jet* ruso. Además de las sanciones impuestas por Rusia al turismo y a otros sectores estratégicos de la economía turca, la represalia más inquietante fue la modificación de su política hacia los kurdos del PYD/YPG, a los que apoyó más abiertamente al suministrarle armamento y otorgándoles abrir una sede representativa en Moscú en febrero de 2016. Este nuevo patrón de interacciones entre Rusia y los kurdos no implicaba más que un reaceramiento entre ambos, ya que databan vínculos estrechos desde los períodos más gélidos de la Guerra Fría. No obstante, este clima había entrado en un rápido *impasse* en el siglo XXI hasta la radicalización de la guerra en Siria. Es por eso que, en medio de este escenario, la ayuda proporcionada desde Moscú al PYD generara desconfianza y tensión en Ankara (Tol, 2017).

Sin embargo, el fallido golpe de Estado, además de motorizar otros cambios, también transformó la suerte de Turquía con respecto al abordaje de la cuestión kurda. Sin cambiar en lo esencial la relación distante con Occidente en general y con los Estados Unidos en particular, el factor que determinó la nueva ubicación del país en el sistema internacional fue la recomposición de los vínculos con Rusia y subsidiariamente con Irán. Es imprescindible mencionar una y otra vez este hecho porque fue el determinante para el reconocimiento de los errores de cálculo y, en base a ellos, a la modificación de su política hacia el conflicto sirio, el Estado Islámico y los kurdos.

Junto a esto, la victoria del gobierno sobre los golpistas posibilitó un mayor control sobre la sociedad toda.

Hay que recordar primero que a nivel interno la persecución contra la comunidad kurda ya se había acentuado tras la implosión del proceso de paz, pero que la misma se agudizó tras la intentona militar. Estos dos hechos favorecieron la estructuración del nuevo panorama político en el país, caracterizado por el corrimiento del AKP hacia el nacionalismo como consecuencia de la alianza electoral con el tradicional MHP, lo cual polarizó la sociedad turca entre aquellos que acordaban con el renovado escenario de guerra y aquellos que se oponían. En definitiva, la escalada de violencia en plano doméstico y en el escenario regional delineó la nueva relación de fuerzas en la política interna turca. Tras el fracaso de las negociaciones con el PKK, el AKP montó sucesivas campañas agresivas con un fuerte contenido anti kurdo para recuperar el centro de la escena política. Dada la excepcionalidad de la política turca en estos años, el régimen político turco fue experimentando una dramática regresión autoritaria que sólo fue concebida para asegurar la supervivencia de las élites. No es casualidad que Turquía se haya mantenido en campaña desde 2015 básicamente, habiendo superado la doble elección de 2015, el lanzamiento del referéndum constitucional tras la intentona golpista y su concreción en el 2017 y las elecciones—bajo el nuevo sistema resultante del referéndum— en 2018 donde resultó elegido Erdogan como presidente por el voto popular. Este racconto de los hechos no hace más que confirmar que la violencia marcó el ciclo político en el país (Soler i Lecha, 2014).

En cuanto al orden externo es fundamental hacer hincapié en que el entendimiento con Rusia e Irán autorizó a Turquía a intervenir militarmente en Siria para expulsar al Estado Islámico y contener el avance de los kurdos en el norte del país. Es decir, únicamente la recomposición del vínculo con Rusia les permitió a las autoridades turcas ordenar un poco el desastre que habían generado a partir de su involucramiento tosco en Siria. A partir de las acciones encaminadas a tal fin, Turquía recibió el aval del eje Moscú-Teherán para la proyección de las operaciones militares Escudo del Éufrates y Rama de Olivo. Como se aludió previamente, la primera de las operaciones engendraba acciones tanto hacia el Estado Islámico como hacia los kurdos; mientras que la segunda estaba dirigida íntegramente contra el cantón de Afrin. En definitiva, el consenso tripartito que lideró el proceso de Astaná fue la estrategia

necesaria que le otorgó a Turquía lidiar con los kurdos en Siria, asentar su presencia en el país y asegurar la frontera.

Empero, también debe señalarse otro efecto colateral de los sucesos que marcaron las vicisitudes de la rivalidad/alianza líquida entre Turquía y Rusia: el silencio de Ankara ante el mantenimiento de lazos cordiales entre Moscú y el PYD luego del derribo del *jet*. En este sentido, una de las consecuencias de la aplicación de políticas belicistas en el escenario sirio fue este acercamiento tan temido. Y a partir de ello, escapaba al gobierno turco desandar un camino ya trazado y estratégico para Rusia en lo que respecta a su proyecto geoestratégico en la región del MENA, ansiando reemplazar la presencia e influencia de los Estados Unidos.

En otro orden de ideas, en todo este período el militarismo de Turquía hacia los kurdos mantuvo invariable el vínculo con los Estados Unidos, el cual se caracterizó por una constante fragilidad desde el año 2014, a partir del momento cuando Washington identificó al PYD/YPG como su *proxy* en el conflicto sirio y en la lucha contra el Estado Islámico¹⁶. Es por esto que la eficacia de las operaciones militares de Turquía y su direccionamiento hacia las milicias kurdas sirias, las cuales socavaban su fortaleza en el territorio, motivó a las administraciones norteamericanas, especialmente a la de Donald Trump, a reforzar el apoyo logístico y armado para inquietud de Ankara. De todos modos también hay que reconocer que

“Erdogan has largely tolerated American support for the YPG in the counter-ISIS campaign –with two red lines. First, he opposed any direct arming of the YPG (...) Second, Erdogan said YPG forces should not move west of the Euphrates River, given concern that the group would connect cantons” (Sloat, 2018: 13).

La vulneración de estas dos líneas rojas con la aprobación de la administración Trump motivó al gobierno turco a ajustar las operaciones en Siria pero ya no contra el Estado Islámico directamente, sino contra las facciones kurdas. Desde entonces también se asistió a una escalada discursiva entre Washington y Ankara a causa de la imposibilidad de compatibilizar sus posiciones. Este empeoramiento del vínculo ya

¹⁶ Huelga destacar que las facciones sirias PYD (rama política) y las YPG (rama militar) no son consideradas organizaciones terroristas en los Estados Unidos, a diferencia de lo que sucede con el PKK. Ésta sí fue designada como tal por el Departamento de Estado norteamericano en 1997. Es decir, que mientras Washington hace una divisoria entre las tres organizaciones, Ankara las considera aliadas y, por lo tanto, igualmente terroristas.

venía arrastrando otros puntos de conflicto tales como: el pedido de extradición incontestado por el clérigo turco autoexiliado Fethullah Gülen, denunciado por el gobierno turco como el gestor de la asonada militar; la detención del pastor evangélico norteamericano Andrew Brunson en suelo turco, representando ciertamente la moneda de cambio con Gülen –luego fue liberado en octubre de 2018–; el acercamiento de Ankara al eje Moscú-Teherán que despertó inquietudes en Washington; entre otros. Y para agregar, la conjunción de los tres primeros actores en las negociaciones de Astaná redujo considerablemente la importancia de los Estados Unidos en el proceso de pacificación de Siria, quedando reservada únicamente su influencia en el seno de las facciones kurdas.

Renglón aparte merece el tratamiento de los efectos resultantes de la cercanía entre Ankara y Erbil. Mientras quienes manejaban los resortes de la política exterior turca centraban sus esfuerzos agresivos en Rojava, las acciones hacia el Kurdistán iraquí constituían el reverso de la trama. Esto se explica en base a los beneficios materiales inmediatos que fue obteniendo Turquía de su relación con el GRK mediante su instrumentación como socio energético y como receptor de inversión extranjera directa turca, como también éste último se vio beneficiado al gozar del apoyo de un *middle power*, hecho clave para su supervivencia. Asimismo, la consecuencia más potente de este acercamiento fue haber generado una cuña inobjetable en la comunidad kurda de la región, entre aquellos que sostenían el proyecto de Rojava y aquellos que estaban más asentados en el Kurdistán iraquí. Aprovechando la tensión interna, el vínculo con Erbil ha sido clave para monitorear las posiciones del PKK y de sus grupos afiliados en el norte de Irak.

Empero, ante el referéndum independentista de septiembre de 2017, Turquía nunca se movió del apoyo a la integridad territorial de Irak, con lo cual se produjo un reaceramiento estratégico entre ambos. Ante una misma problemática, Ankara, Bagdad y Teherán aunaron posiciones para evitar un efecto dominó en la región. El firme compromiso esgrimido por las autoridades turcas disminuyó la intensidad del vínculo con Erbil, aunque en lo esencial, es decir, en lo que respecta a la cuestión energética, se mantuvo la continuidad en los intercambios.

Pese a este último hecho que sacudió por cierto la relación, el grado de estrechez revestía de una importancia estratégica para Turquía puesto que le permitía ejercer “un

freno para la influencia del eje chií en el norte de Irak” (Fernández, 2017: 9). Nunca perdiendo de vista la competencia por el liderazgo y por la influencia regional contra Irán, Turquía buscó incansablemente hacer valer su condición de potencia media por medio de la diversificación de los vínculos, incluso contra adversarios o rivales estratégicos de sus nuevos socios. De modo categórico, arrogándose siempre un espacio de acción independiente de sus aliados, independientemente de su condición, la cercanía con el GRK le permitió a Turquía asentar su presencia en Irak al igual que a través de las operaciones militares en Siria con el acompañamiento del Ejército Libre Sirio le permitió consolidar su influencia en ese país.

Como corolario de esta historia, las acciones de Turquía fueron encaminadas hacia la recomposición del vínculo con Rusia e Irán, lo cual ha tenido el efecto de reducir la vulnerabilidad de Turquía tanto en el sistema internacional en general como en el conflicto sirio en particular. Esto sin duda se debió a un correcto aprovechamiento de la autonomía, entendiendo que la única opción posible para superar el contexto restrictivo era por medio del reaceramiento a ambos y no gracias a sus aliados tradicionales. En esta lógica,

“Turkey did not receive the support of its Western allies in facing two most important and immediate internal security threats, namely, the PKK’s offensive starting in July 2015 and the Gülenist coup attempt in July 2016. Making matters worse, Western powers such as Germany and the US were perceived as sheltering or even supporting the PKK and the Gülenists. Both developments motivated a rapid Russian-Turkish rapprochement in 2016” (Akturk, 2017: 94).

Desde Ankara se percibió que quienes mayores recursos de poder podían otorgarles ya no provenían de sus alianzas tradicionales, sino de las líquidas con Rusia e Irán. Esencialmente, gracias al consentimiento que estos dos actores le concedieron a las operaciones militares Escudo del Éufrates y Rama de Olivo es que se puede decir que Turquía logró la contención y la regresión territorial de Rojava, lo que quizás representó uno de los pocos logros alcanzados por el país en el medio internacional en todo el período analizado en este trabajo.

Conclusiones

Durante el período 2011-2018, la política exterior de la República de Turquía ha estado marcada por la urgencia proveniente de los acontecimientos regionales. Si bien han acontecido otros hechos en la región de relevancia en cuanto al grado de impacto regional y global, los cuatro que aquí se consignaron han sido vitales para analizar el objeto de estudio de este trabajo. Por eso, estos mismos han elevado principalmente la necesidad de maniobrar con rapidez en el medio regional e internacional, sobre todo para evitar caer en un estado de aislamiento y marginación. Indudablemente, cada respuesta ante estos hechos ha moldeado la imagen y la posición del país en el sistema internacional. Dentro del período de estudio analizado, la suerte de Turquía ha ido variando notoriamente a medida que el contexto regional iba alterando sus dinámicas.

Como bien se pudo apreciar, la Primavera Árabe resultó para el país una verdadera oportunidad para configurarse como líder y faro democrático para las sociedades que estaban en estado de ebullición. Recalibrando en cierto punto los principios de la Profundidad Estratégica, el gobierno del AKP era consciente de los beneficios que podía otorgarle la movilización popular. No obstante, más allá de las vetas que pudiera adquirir la doctrina de política exterior esbozada primigeniamente desde la pluma de Ahmet Davutoglu, lo cierto era que se estaba atendiendo a una desnaturalización de la misma, sobre todo al desandar todo el camino conseguido por la política de los “cero problemas con los vecinos”, autoritarios por cierto. Es decir, la apuesta por las fuerzas de la oposición a los regímenes políticos vigentes hasta ese momento creó una imagen de Turquía benévola entre los manifestantes y malévolas entre los círculos gobernantes autoritarios.

Sin embargo, la transformación de este contexto de cambio democrático, el cual derivó en una regresión autoritaria y en simultáneos escenarios de guerra, presionó sobre la definición de la política exterior turca. Esta degeneración de la situación regional barrió los aires de grandeza que se respiraban desde Ankara. Desde entonces, los acontecimientos subsiguientes claramente colmaron las capacidades de las autoridades turcas, impulsando la generación de políticas no asertivas, desacertadas y por momentos inconsistentes.

El cambio de las condiciones en la región obligó a suspender los principios de “cero problemas”, de promoción de los recursos de *soft power*, de establecer una política multidimensional, de erigirse como mediador en conflictos regionales e internacionales, de emprender una política de *deseuritization*, entre otros. La volatilidad reinante fue la que demandó la prisa, la respuesta inmediata y la falta de planificación. Esta idea permite dar sustento a la hipótesis aquí trabajada, a saber, *que la política exterior de Turquía aplicada en este período se rigió por la urgencia*. Tal fue la urgencia que las acciones llevadas a cabo en los albores de la complejización del escenario sirio motivaron el distanciamiento con actores tales como Rusia, Irán e Irak y el empeoramiento de su posición en el medio regional e internacional.

Empero, indudablemente el conflicto en Siria y sus correspondientes desprendimientos fueron los hechos que motivaron a las autoridades turcas a dejar de lado intereses utópicos e idealistas, como aquéllos que se referían a convertir al país en un líder democrático y moderno. El golpe fue tan duro que obligó al gobierno a utilizar un enfoque pragmático que considerase los intereses relativos a su supervivencia como Estado territorial, puesto que este asunto nunca había estado más en peligro desde las guerras de independencia en la década del veinte del siglo pasado, y reconsiderase los intereses en términos de poder, magullados luego de haber sostenido intransigentemente una política autonomista y no consensuada que le había granjeado rivalidades en todas las direcciones geográficas.

En esa tónica de cambio de intereses para superar la restricción del contexto es que puede explicarse el giro de la política en Siria a partir del año 2016, destinado a recomponer el vínculo con Rusia e Irán. En parte, como consecuencia del relativo aislamiento que sufrió el país debido a sus respectivas acciones en el escenario sirio, se tornaba apremiante remediar esta situación. Asimismo, la definición de las amenazas contribuyó a alimentar la atmósfera de urgencia en la estructuración de la política exterior de Turquía. De ahí que el gobierno turco evidenciara en el eje ruso-iraní la clave para sortear sus dificultades y desafíos, pese a que tuvieran intereses disímiles y contradictorios. En definitiva, bajo este enfoque se desglosa que “Turkey may be seeking to protect its borders, project influence, promote commerce, and counter other actors’ regional ambitions” (US Congressional Research, 2019: 8).

Como quedó asentado repetidamente en este trabajo, la recomposición del doble vínculo con Rusia e Irán le permitió a Turquía recuperar los espacios perdidos y le permitió edificar una nueva política hacia la región del MENA. Más allá de las estrategias diseñadas contra el régimen de Al-Assad, el Estado Islámico y los kurdos en Siria, es factible suponer que se asistió a un cambio de perspectivas aún más general. Esta novedosa restauración de la confianza en sus propias capacidades motorizó una política agresiva en Siria pero ya no contra el régimen, sino contra la milicia yihadista en cuestión y las facciones kurdas del PYD/YPG. En otras palabras, las sucesivas campañas militares contra estos dos objetivos sólo pudieron ser viabilizadas gracias al consentimiento implícito proveniente de Moscú y Teherán.

Blindada la suerte del país a las alianzas líquidas contraídas con estos dos actores, el gobierno del AKP profundizó su deriva autoritaria, lo cual se hallaba en sintonía con el perfeccionamiento y la adaptación que estaban experimentando los regímenes autoritarios en la región. Esta deriva se consolidó puertas para adentro y también puertas para afuera, en este último caso en lo que respecta a la búsqueda de recomposición de los vínculos con países con los que otrora se había distanciado en el período post Primavera Árabe como consecuencia del apoyo a las fuerzas de la oposición democráticas. En este caso, eliminada la agenda de cambio en Ankara se tornó indispensable, por ejemplo, reestablecer las relaciones con Egipto y con los Emiratos Árabes Unidos. A su vez, haciendo gala de su autonomía, buscó retomar el lazo con Israel años después del incidente del Mavi Marmara. Con estos movimientos y apuntando a lavar y mejorar su imagen deteriorada por los acontecimientos en Siria, “Turquía había empezado a recuperar relaciones para buscar una solución al conflicto” (Saurina, 2016: 209).

Esto ejemplifica las ambigüedades de Turquía en su política exterior tras el desvanecimiento de la Primavera Árabe. Ciertamente, dichas ambigüedades o incongruencias se debieron a que el país tuvo que maniobrar en un contexto de ebullición, por lo que es lógico pensar que la reversión de este clima sólo podía ser logrado desandando el camino principista e ideológico trazado hasta entonces. De todos modos, el mayor pragmatismo en su política, inaugurado con el giro hacia el eje ruso-iraní, no implica la consolidación de un proyecto político, sino simplemente la

consideración de que es la mejor opción para imponer y asegurar sus intereses, sea de defensa o de poder.

Lo hasta aquí analizado, al calor de la reconfiguración territorial y política de la región del MENA, sirve para entender por qué una política edificada sobre los principios de la Profundidad Estratégica era imposible de mantener. En su defecto, las turbulencias en el vecindario fueron tan bruscas que tomaron por sorpresa a las autoridades de Ankara. Para revertir esto es que se echó mano a artilugios que eran inconsistentes con los principios de base. Sea como fuere, al momento de escribir estas líneas, Turquía logró su objetivo inmediato de neutralizar la amenaza kurda en su propio territorio y en Siria, independientemente de haberse alienado a todo Occidente como parte de esta política guerrerista o por el empeoramiento de la situación política interna.

Referencias bibliográficas

- Akturk, S. (2017) Turkey's role in the Arab Spring and the Syrian conflict. *Turkish policy quarterly*. Vol. 15, N° 4. Disponible en línea: http://turkishpolicy.com/files/articlepdf/turkeys-role-in-the-arab-spring-and-the-syrian-conflict_en_4321.pdf
- Alba Rico, S. (2014) Egipto, el golpe de Estado y las Revoluciones Árabes. *Betiko*. Disponible en línea: <http://fundacionbetiko.org/wp-content/uploads/2014/04/Egipto-el-golpe-de-estado-y-las-revoluciones-%C3%A1rabes.pdf>
- Altunisik, M. B. (2011a) Challenges to Turkey's "Soft Power" in the Middle East. *TESEV*. Disponible en línea: http://tesev.org.tr/wp-content/uploads/2015/11/Challenges_To_Turkeys_Soft_Power_In_The_Middle_East.pdf
- Altunisik, M. B. (2011b) La política exterior de Turquía en el siglo XXI. *CIDOB*, p. 421-426.
- Altunisik, M. B (2013) Turkey after the Arab Uprisings: Difficulties of hanging on in there. *ISPI*. Disponible en línea: https://www.ispionline.it/sites/default/files/pubblicazioni/analysis_223_2013_0.pdf
- Altunisik, M. B. (2016) The Inflexibility of Turkey's Policy in Syria. *IEMed*. Disponible en línea: https://www.iemed.org/observatori/arees-danalisi/arxius-adjunts/anuari/med.2016/IEMed_MedYearbook_2016_keys_Turkey_Syrias_Policy_Benli_Altunisik.pdf
- Álvarez-Ossorio (2013) La vecindad conflictiva de Turquía y Siria. *Política Exterior*, N° 151.
- Álvarez-Ossorio, I. (2014) El enroque autoritario del régimen sirio: de la revuelta popular a la guerra civil. *CIDOB*, N° 109, p. 157-176.

- Álvarez-Ossorio, I. (2016) *Siria: Revolución, sectarismo y Yihad*. Madrid, La Catarata.
- Álvarez-Ossorio, I. (2017) El impacto regional del conflicto sirio en Oriente Medio, en Mesa, M. (coord.) *Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras*. CEIPAZ, anuario 2016-2017, p. 179-195.
- Aras, B. (2009) Davutoglu Era in Turkish Foreign Policy. *SETA*, N° 32. Disponible en línea: <http://file.setav.org/Files/Pdf/davutoglu-era-in-turkish-foreign-policy.pdf>
- Bakir, F. M. (2014) No reconocemos el autogobierno proclamado por los kurdos de Siria [entrevista realizada por Meseguer, D.]
- Bayramoglu, A. (2017) Turkey's New Political Paradigm and the Kurdish Question. *Democratic Progress Institute*. Disponible en línea: <http://www.democraticprogress.org/wp-content/uploads/2017/04/Turkeys-New-Political-Paradigm-and-the-Kurdish-Question.pdf>
- Bloem, W. y Ooesterveld, W. T. (2017) The Rise and Fall of ISIS: From Evitability to Inevitability. *The Hague Centre for Strategic Studies*. Disponible en línea: <https://hcss.nl/sites/default/files/files/reports/The%20Rise%20and%20Fall%20of%20ISIS.pdf>
- Cagaptay, S. y Yolbulan, C. (2016) The Kurds in Turkey: A Gloomy Future. *The Washington Institute*. Disponible en línea: <https://www.washingtoninstitute.org/uploads/Documents/opeds/Cagaptay20160810-ISPI.pdf>
- D'Alema, F. (2017) The Evolution of Turkey's Syria Policy. *Istituto Affari Internazionali*, N° 17.
- Dalacoura, K. (2012) The 2011 uprisings in the Arab Middle East: political change and geopolitical implications. *International Affairs*, Vol. 88, N° 1, p- 63-79. Disponible en línea: http://www.brooklyn.cuny.edu/web/aca_socialsciences_polisci/150422_IA_Comps_2011-Uprisings-Arab-Middle-East.pdf
- Duran, B. y Yilmaz, N. (2013) Islam, Models and the Middle East: The New Balance of Power following the Arab Spring. *Perceptions*, Vol. 18, N° 4, p. 139-170.

- Echeverría Jesús, C. (2016) *Turquía y su política exterior, de seguridad y defensa en una época de grandes incertidumbres. La Albolafia.*
- Fernández, M. A. (2017) *Oriente Próximo: una ventana de oportunidad para Turquía. IEEE.* Disponible en línea: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2017/DIEEEO105-2017_OrienteMedio_Turquia_MAFdez.pdf
- Finkielsztoyn, M. (2014). *Política exterior turca 2.0: un análisis post Primavera Árabe.* En VII Congreso de Relaciones Internacionales del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI). Congreso llevado a cabo en La Plata, Argentina.
- Garcé, A. y López, C. (2014) *La política exterior como política pública: Ideas, intereses e instituciones. Debates teóricos recientes desde la Ciencia Política.* Paper presentado en la Conferencia FLACSO-ISA, Buenos Aires. Disponible en línea: <http://web.isanet.org/Web/Conferences/FLACSO-ISA%20BuenosAires%202014/Archive/f99a7c58-e431-4c99-95df-719c3b8a7e5c.pdf>
- Grigoriadis, I. N. (2010) *The Davutoğlu Doctrine and Turkish Foreign Policy. ELIAMEP, Working Paper N° 8, Bilkent University.*
- Haid, H. (2017) *Post-ISIS Governance in Jarablus: A Turkish-led Strategy. Chatham House.* Disponible en línea: <https://www.chathamhouse.org/sites/default/files/publications/research/2017-09-26-post-isis-governance-jarablus-haid.pdf>
- Heydemann, S. (2013) *La revuelta en Siria: sectarismo, regionalización y el orden estatal en el Levante, FRIDE, N° 119.*
- Isaac, N. M. (2016) *La política exterior de Turquía bajo la doctrina de Profundidad Estratégica. Un análisis de la relación con la región de Medio Oriente entre marzo de 2003 y agosto de 2014 (tesina de grado), Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.* Disponible en línea: <https://rephip.unr.edu.ar/bitstream/handle/2133/9418/TESINA%20NAHIR%20MARIEN%20ISAAC.pdf?sequence=3&isAllowed=y>

- ISDP (2016) Turkey's Kurdish Conflict: 2015-Present. *ISDP*. Disponible en línea: <http://isdpeu/content/uploads/2016/12/2016-Turkeys-Kurdish-Conflict-2015-Present.pdf>
- Joint statement by Iran, Russia and Turkey on the International Meeting on Syria in Astana 14-15 September 2017 (2017). Disponible en línea: <https://russiaeu.ru/index.php/en/news/joint-statement-iran-russia-and-turkey-international-meeting-syria-astana-14-15-september-2017>
- Kalin, I. (2011a) Soft Power and Public Diplomacy in Turkey. *Perceptions*, Vol. 16, N° 3
- Kalin, I. (2011b) Turkey and the Arab Spring. *Al Jazeera*. Disponible en línea: <https://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2011/05/201152592939180898.html>
- Khalifa, M. (2017) Turkey's foreign policy in Middle East after Arab Spring. *International Relations and Diplomacy*, Vol. 5, N° 88.
- Kuran, T. (2013) La pérdida de legitimidad democrática del islam político. *Project Syndicate*
- Labrado Calera, E. M. (2012) El papel de Turquía en la crisis siria: el nuevo "gran juego" con Irán. *IEEE*. Disponible en línea: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2012/DIEEEO66-2012_TurquiaenCrisisSiria_NvoGranuegoIran_ElenaLabrado.pdf
- Lindenstrauss, G. (2012) Turkey and the Arab Spring: Embracing "People's Power". *IEMed. Papers Euromesco*. Barcelona. Disponible en línea: https://www.files.ethz.ch/isn/165559/PapersEuromesco_14.pdf
- Malmvig, H.; Quero, J. y Soler i Lecha, E. (2016) The contemporary regional order, en Soler i Lecha, E. (coord.) *Re-conceptualizing Orders in the MENA Region: The Analytical Framework of the MENARA Project*, N° 1, p. 33-55. Disponible en línea:
- Meseguer, D. (2013) El factor kurdo en el conflicto de Siria. *Afkar/Ideas*. Disponible en línea: https://www.iemed.org/observatori/arees-danalisi/arxius-adjunts/afkar/afkar-ideas-38/Factor%20Kurdo_Siria_Meseguer_38.pdf

- Nye Jr., J. (1991) *La naturaleza cambiante del poder norteamericano*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Nye Jr., J (2004) *Soft Power: The Means to Success in World Politics*. Public Affairs.
- Özel, S. y Özkan, B. (2015) Turkey: illusions versus reality. *FRIDE*, N° 200. Disponible en línea: https://www.files.ethz.ch/isn/190156/Illusions%20versus%20reality_%20Turkey%E2%80%99s%20approach%20to%20the%20Middle%20East%20and%20North%20Afric.pdf
- Paredes Rodríguez, R. (2013) La Primavera Árabe: el largo camino de un proceso de transición económica. *TLA-MELAU, Revista de Ciencias Sociales*, p. 6-25.
- Paredes Rodríguez, R. (2014) Irak: entre la competencia jihadista internacional y la posible descomposición del sistema westfaliano del Medio Oriente. Disponible en línea: <https://grupoemergentes.wordpress.com/2014/06/22/irak-entra-la-competencia-jihadista-internacional-y-la-posible-descomposicion-del-sistema-westfaliano-del-medio-oriente/>
- Paredes Rodríguez, R. (2016) Egipto: ¿auge y caída del Islam político? *Voces en el Fénix*, N° 57. Disponible en línea: http://www.vocesenelfenix.com/sites/default/files/numero_pdf/fenix%2057%20baja.pdf
- Puig, J. C. (1984) *América Latina: políticas exteriores comparadas*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Rodríguez López, C. (2011) ¿Turquía como modelo para las transiciones árabes? *Real Instituto Elcano*. ARI 118/2011. Disponible en línea: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/f3bb6c004782fb1d9e18de1391bdd296/ARI118-2011_Turquia_modelo_transiciones_arabes.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=f3bb6c004782fb1d9e18de1391bdd296
- Saurina, M. (2016) Turquía en el contexto actual: los desafíos para la democracia y su papel en la región, en Mesa, M. (coord.) *Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras*. *CEIPAZ*, anuario 2016-2017, p. 197-213.

- Sloat, A (2018): The West's Turkey Conundrum. *Brookings*. Disponible en línea: https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2018/02/fp_20180212_west_turkey_conundrum.pdf
- Sökmen, M. J.; Martínez, I. y de Pedro, N. (2018) Rusia, Irán y Turquía: ¿una estrategia común en Siria? *CIDOB*, N° 196.
- Soler i Lecha, E. (2014) ¿Qué se juega Turquía en Kobane? *Afkar/Ideas*. Disponible en línea: https://www.iemed.org/observatori/arees-danalisi/arxius-adjunts/afkar/afkar-idees-44/Que%20se%20juega%20Turquia%20en%20Kobane_%20Eduard%20Soler_a_fkar44.pdf
- Soler i Lecha, E. (2016) Frentes y aliados en la política exterior turca. *Afkar/ideas*. Disponible en línea: https://www.iemed.org/observatori/arees-danalisi/arxius-adjunts/afkar/afkar-51/politicaexteriorturca_Eduard_Soler_afkar51_esp.pdf
- Soler i Lecha, E. (2017) Alianzas líquidas en Oriente Medio. *CIDOB*.
- Stein, A. (2016) Islamic State Networks in Turkey: Recruitment for the Caliphate. *Atlantic Council*. Disponible en línea: https://www.atlanticcouncil.org/images/publications/Islamic_State_Networks_in_Turkey_web_1003.pdf
- Sümer, F. (2013) Turkey's Changing Foreign Policy and the Arab Spring. *The Innovation Journal*, 18(1), art. 8.
- Szymański, A. (2017) Turkish policy towards war in Syria. *TEKA*, Vol. 12, N° 1.
- Taspinar, O. (2009) Entre el neootomanismo y el kemalismo. *Afkar/Ideas*. Disponible en línea: <https://www.iemed.org/observatori/arees-danalisi/arxius-adjunts/afkar/afkar-idees-21/9Taspinar.pdf/>
- Taspinar, O. (2011) The Three Strategic Visions of Turkey. *Brookings*. US – Europe Analysis Series N° 50. Disponible en línea: https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/06/0308_turkey_taspinar.pdf

- Thomas, C. y Zanotti, J. (2019) Turkey: Background and U.S. Relations in Brief. *Congressional Research Service*. Disponible en línea: <https://fas.org/sgp/crs/mideast/R44000.pdf>
- Tol, G. (2017) Why is Turkey Silent on Russia's Cooperation with the Syrian Kurds? Disponible en línea: <https://warontherocks.com/2017/12/why-is-turkey-silent-on-russias-cooperation-with-the-syrian-kurds/>
- Wendt, A. (1992) Anarchy is what States make of it: the social construction of power politics. *International Organization* (46), p. 391-425.
- Yalçın, H.B. (2012) The Concept of "Middle Power" and the Recent Turkish Foreign Policy Activism. *Afro Eurasian Studies*, Vol. 1, p. 195-213. Disponible en línea: http://www.afroeurasianstudies.net/dosyalar/site_resim/veri/4842000.pdf
- Yesiltas, M. y Balci, A. (2013) A Dictionary of Turkish Foreign Policy in the AK Party Era: A Conceptual Map. *SAM Papers*, N° 7. Disponible en línea: https://sam.gov.tr/wp-content/uploads/2013/05/SAM_Papers7.pdf
- Zelin, A. (2014) The War between ISIS and al-Qaeda for Supremacy of the Global Jihadist Movement. *The Washington Institute*, N° 20. Disponible en línea: https://www.washingtoninstitute.org/uploads/Documents/pubs/ResearchNote_20_Zelin.pdf

Artículos periodísticos

- ABC (12 de septiembre de 2014). Turquía solo promete ayuda logística a EE.UU en la lucha contra el yihadismo. Disponible en línea: <https://www.abc.es/internacional/20140912/abci-kerry-presiona-turquia-para-201409121626.html>
- BBC (30 de noviembre de 2015). Putin dice que Turquía derribó el avión ruso para proteger sus compras de petróleo a Estado Islámico. Disponible en línea: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/11/151130_rusia_turquia_putin_erdogan_az

El Mundo (12 de noviembre de 2014). Kurdos: un pueblo sin territorio para defender a Occidente. Disponible en línea: <https://www.elmundo.es/la-aventura-de-la-historia/2014/11/12/546236f722601d242c8b457a.html>

El Mundo (19 de noviembre de 2015). El Estado Islámico se pasa al lado Oscuro de Internet. Disponible en línea: <https://www.elmundo.es/tecnologia/2015/11/19/564dbe7ee2704e7e668b4689.html>

El Mundo (25 de enero de 2016). Cinco años de la primavera egipcia: “Estamos mucho peor que antes”. Disponible en línea: <https://www.elmundo.es/papel/historias/2016/01/25/56a5f7cb22601d2b568b460f.html>

El País (27 de julio de 2012). El Asad apoya a la milicia kurda para hostigar a los turcos en la frontera. Disponible en línea: https://elpais.com/internacional/2012/07/27/actualidad/1343403338_639544.html

El País (19 de diciembre de 2017). Siete años de frustración desde el estallido de la “primavera árabe”. Disponible en línea: https://elpais.com/internacional/2017/12/16/actualidad/1513454978_043457.html

Hurriyet Daily News (10 de febrero de 2012). We wanted al-Assad to be Gorbachev, he turned into Milosevic: Davutoglu. Disponible en línea: <http://www.hurriyetaidailynews.com/we-wanted-al-assad-to-be-gorbachev-he-turned-into-milosevic-davutoglu---13467>

Info Libre (4 de julio de 2013). El golpe de Estado en Egipto provoca reacciones internacionales encontradas. Disponible en línea: https://www.infolibre.es/noticias/mundo/2013/07/04/el_golpe_estado_egipto_provoca_reacciones_internacionales_encontradas_5490_1022.html

Sputnik (10 de enero de 2018). Quiénes son los kurdos: una nación en busca de su Estado. Disponible en línea:

<https://mundo.sputniknews.com/infografia/201801101075308801-oriente-proximo-kurdistan-pueblo/>

TRT World (27 de noviembre de 2017). An overview of Turkish-Egyptian Relations since the Arab Spring. Disponible en línea: <https://www.trtworld.com/mea/an-overview-of-turkish-egyptian-relations-since-the-arab-uprising-12658>